



PARTE 3

MARIA BEATOBE

POR AMOR

TE ENVOLVÍ EN BESOS

Click
EDICIONES

Índice

Portada	
Capítulo 40	
Capítulo 41	
Capítulo 42	
Capítulo 43. CLOE	
Capítulo 44	
Capítulo 45	
Capítulo 46	
Capítulo 47	
Capítulo 48	
Capítulo 49	
Capítulo 50	
Capítulo 51	
Capítulo 52	
Capítulo 53. NOEMÍ	
Capítulo 54	
Capítulo 55	
Capítulo 56	
BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBE	
Créditos	

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte



De lo siguiente que tenía recuerdos era del sonido de la ambulancia y del revuelo que se había formado en la calle. Por un momento creí que todo era un sueño o que estaba viviendo una realidad paralela, pero no. Era real como la vida misma y a mi amiga acababan de atropellarla. Me sentía totalmente anegada y aturdida. Esto no podía estar pasándole a ella.

Noté que Gael me abrazaba con fuerza mientras de reojo veía como metían a Noe en la ambulancia. Acababa de caer en la aplastante realidad. Seguía inconsciente. Yo solo quería zafarme de él y correr a abrazar a mi amiga, pero los sanitarios tampoco me lo permitieron y le pidieron a Gael que me retuviera.

Estaba temblando. ¡Noe! No hacía más que repetir su nombre como si de un mantra se tratara. Quería pensar que, cuanto más lo gritara, antes despertaría. Pero mis fuerzas flaquearon cuando vi que cerraban las puertas traseras de la ambulancia con un sonido que me partió el corazón.

—Vamos, Naira, seguiremos a la uvi móvil hasta el hospital —dijo Gael mientras me ponía la mano en la espalda.

¿Había dicho uvi? ¿Tan mal estaba que necesitaba una ambulancia de ese calibre? Yo lo vivía todo como fuera de mí; en algunas ocasiones incluso tenía la sensación de levitar. Agradecí que Gael estuviera conmigo en ese momento; si no, probablemente habría terminado desmayada junto al cuerpo de mi amiga.

Le miré agobiada hasta que conseguí decir una palabra.

—Vamos.

Subimos al coche y nos pusimos el cinturón de seguridad a toda velocidad. Gael arrancó resuelto y corrimos al hospital que nos habían indicado los sanitarios.

Conducía rápido, pero no tenía miedo; en ese instante, por lo que sentía verdadero pánico era por mi amiga. Zigzagueó con maestría entre los coches hasta que vi de lejos la ambulancia que trasladaba a Noe.

—¡Está allí! —grité señalando con el dedo y mirando después a Gael—. ¿La ves?

Frunció el ceño, concentrado, y giró el volante para cambiarse de carril y adelantar a un par de coches. Al final, la alcanzó y se puso tras ella, mientras el sonido de la sirena me hacía ser consciente de la gravedad de la situación.

Notaba de vez en cuando la mirada fugaz de Gael sobre mí, preocupado por cómo me encontraba.

En apenas diez minutos llegamos al hospital. La ambulancia se metió por una vía en la que una señal avisaba de que era un acceso restringido a vehículos especiales. Me daban ganas de tirarme del coche en marcha y correr hacia la camilla en la que iba mi amiga, agarrarla de la mano y no soltarla hasta que despertara.

Aparcamos en el garaje y salí del vehículo casi antes de que Gael pudiera apagar el motor. Sentía como me seguía con premura. Corrí despavorida mientras buscaba el modo de llegar a urgencias. Vi muchos carteles que dirigían hacia allí, pero el pánico me tenía tan paralizada que no era capaz de descifrar ninguno de ellos. Gael debió de notar mi miedo y tomó el mando.

—Ven conmigo —dijo mientras me cogía de la mano y caminaba con ligereza.

Finalmente, llegamos a la sala de espera de urgencias. Era una estancia en tonos grises que, a pesar del calor que hacía en la calle, desprendía un frío paralizante. Nos cruzamos con un ir y venir de personal sanitario, y me sentía hasta mareada de tanto mirar hacia los lados. Apenas vi la ventanilla de información, me dirigí directamente allí.

—Hola —dije alterada y con palpitaciones—. ¿Cómo está Noemí?

La chica que estaba al otro lado intentó calmarme. Era joven, de pelo largo moreno y lacio, y con una pequeña placa en el uniforme que rezaba Estela Martín. Nos atendió con una sonrisa amable, que no perdió tras mi acelerada pregunta.

—A ver, tranquila, necesito que me des más datos. ¿Cómo se apellida? —me preguntó solícita.

—Soler, se apellida Soler —respondí casi metiendo la cabeza por la ventanilla.

La chica tecleó con soltura en su ordenador el apellido de mi amiga. La espera se me hizo eterna.

—Pues... no me aparece nada. Espera que pruebe otra vez.

De nuevo, volvió a pulsar las teclas y noté que la ansiedad crecía en mí por segundos. Como no me dijera algo ya, iba a explotar y me iba a poner a gritar sin parar hasta que me dejaran ver a mi amiga.

La recepcionista volvió a decirme lo mismo:

—Lo siento, pero no aparece en el ordenador —respondió al fin, negando

con la cabeza.

—¡Cómo que no aparece! —chillé—. ¡Tiene que estar! ¡Una uvi la acaba de traer! Pruebe otra vez, por favor, ¡pruebe otra vez!

En ese momento, Gael me cogió por la cintura, dio un paso adelante y se hizo cargo de la situación.

—Disculpe, acaban de trasladarla en una uvi móvil —dijo con educación mientras yo esperaba a punto del infarto.

—¡Ah! Es la chica que acaba de llegar. —De repente, la recepcionista se percató de la persona por la que preguntábamos—. Aún no están los datos actualizados en el ordenador. Esperadme un momento, que voy a consultarlo.

Y desapareció tras aquellas puertas color plata.



Vi con impaciencia como la chica salía de la recepción y entraba en un pasillo de acceso restringido. Mi mirada se quedó fija en aquellas puertas, a la espera de que se abriesen de nuevo para que la empleada nos dijera cómo estaba mi amiga. Mientras, jugaba nerviosa con las manos e incluso me mordía las uñas, cosa que nunca en mi vida había hecho.

En ese momento me fijé en la pulsera. En la que llevábamos las tres. Las unicornias incomprendidas. Agarré con fuerza el abalorio que colgaba de aquella pulsera de cuero morada y una lágrima me resbaló por el rostro. Cogí aire e intenté traspasarle toda la fuerza que me quedaba para que pudiera llegar a Noe de alguna forma. Seguro que existiría un modo de hacer que ella me sintiera sin tenerme directamente a su lado.

Habían pasado unos minutos, no sé cuántos exactamente —en estas situaciones era bastante complicado medir el tiempo—, cuando ya no soportaba más la espera.

—¿Por qué no sale? —grité mirando a Gael—. ¿Por qué tarda tanto? —Noté como mi voz vibraba de angustia y sentí unas ganas tremendas de llorar.

—Naira, tienes que intentar relajarte un poco —me dijo mientras me sujetaba firmemente por los hombros—. Así no vas a conseguir verla antes. Los médicos aún tienen que evaluar su estado y no sabemos cuánto tiempo tardarán en hacerlo. Creo que lo mejor que podemos hacer es ir a la sala de espera y sentarnos tranquilamente hasta que la recepcionista nos cuente lo que sepa, ¿vale?

Yo le miraba casi sin entender del todo qué estábamos haciendo allí. Gael tenía razón; yo no era médico para entrar y ayudar a mi amiga. Y no porque me faltaran ganas de atravesar aquella puerta de acceso restringido. La mejor manera de ayudarla sería acompañándola, aunque fuera en la distancia; desde una sala que a saber lo lejos que estaba de ella.

En ese momento, según asentía a la propuesta de Gael, se abrieron las puertas por donde había desaparecido mi amiga y asomó la recepcionista. Tragué saliva mientras se acercaba a nosotros.

—Me informa el médico de que ahora están valorando el alcance del atropello. Hasta que no finalicen no os dirán nada. Podéis aguardar en la sala de espera.

Pues vaya. No nos dijo nada nuevo, nada que Gael no acabara de decirme.

—Muchas gracias —respondió Gael—. Estaremos allí por si hay alguna novedad.

—Perfecto. Para cualquier información, les avisarán por megafonía. —Se despidió con una sonrisa.

Gael me cogió de la mano y me llevó hasta unas sillas vacías que quedaban al final de la sala. Un lugar frío, lleno de gente a la espera de una buena noticia.

Me alegré de que Gael se hiciera cargo de la situación, porque yo no estaba en unas condiciones óptimas para hacerlo. Nos mantuvimos en silencio; no cruzamos ni una sola palabra, pero yo me sentía muy arropada por él. Tenía su mano apoyada en la mía, como si nada, mientras con la otra consultaba las noticias en el móvil, pero el simple contacto de su piel con la mía me hacía llevar esta situación de una manera un poco menos tensa. No estaba sola. No me había dejado sola.

De pronto, vi aparecer tras las puertas automáticas a Fabiola, la madre de Noemí, y me levanté, gesto que hizo que Gael también levantara la vista.

Cuando me vio a lo lejos, corrió literalmente hasta donde estábamos y me abrazó con fuerza mientras repetía:

—¡Es por mi culpa, es por mi culpa!

Yo no sabía cómo explicarle que había sido un accidente, que ella no era la causante, pero también era cierto que, si Noemí estaba en ese estado de nervios antes del atropello, había sido a causa de su pelea.

—¿Cómo has sabido...? —me atreví a preguntar.

—Me han llamado del hospital, al ser mi hija menor de edad. ¿Y tú?

—Yo... estaba delante cuando ocurrió.

—¿Sí? ¡Pero, hija, cuéntame! ¿Qué pasó? —preguntó asiéndome por los brazos a la espera de una respuesta.

Me quedé pensando qué contarle y cómo hacerlo para evitar el mayor daño posible. No era fácil.

—Nos la encontramos por casualidad en la calle —musité—. Me contó que estaba enfadada y que iría a hablar contigo para aclararlo. —Una verdad a medias—. Y cuando fue a cruzar, no se fijó en que el semáforo estaba en rojo —volví a mentir.

Pero era una mentira piadosa; bastante tenía ya Fabiola como para hundirla

un poco más con mis palabras.

Se puso las manos en la cara y comenzó a sollozar con más fuerza.

—¡Sabía que era por mi culpa! Pensé que conocer a Ana le haría entenderlo algo más. Quizá me precipité, no lo sé, pero ahora ¡no sé si voy a poder volver a hablar con ella!

Eso hizo que yo estallara en lágrimas también. Su madre tenía toda la razón. ¿Y si Noe se moría? ¿Y si no resistía los golpes del atropello?

—Intenté sujetarla para que no cruzara. Juro que lo intenté —lloré.

Gael se puso frente a mí y me abrazó con fuerza.

—Shhh..., tranquila, Naira —susurró.

Cerré los ojos y me dejé llevar, sin poder evitar el llanto. Le devolví el abrazo y me aferré a él como si fuera lo único que me quedara ahora mismo. Y realmente, en ese mismo momento, era mi salvavidas.

Cuando nos sentamos los tres, me di cuenta de que no los había presentado. Lo hice con rapidez y seguimos en silencio, con miedo a decir algo por si nos llamaban y no lo oíamos. Y, para qué engañarnos, yo personalmente no tenía ganas de seguir hablando del tema y hurgar más en la llaga ante algo que ya no podíamos cambiar.

Al cabo de una hora seguíamos sin noticias y con el mismo mutismo. La madre de Noemí, cada vez más nerviosa ante la ausencia de información, empezó a caminar de un lado a otro mientras Gael y yo esperábamos sentados.

—Gael.

—Dime —respondió enseguida volviéndose hacia mí con gesto sereno.

—Si quieres, vete a casa. Te agradezco enormemente que estés aquí, pero no estás obligado a hacerlo —le dije mirándole con los ojos hinchados.

—No te preocupes por mí, de verdad.

—Sí lo hago. Me siento muy segura y apoyada aquí contigo, pero tampoco me gustaría que...

—Naira —me interrumpió—, si quieres que me vaya me iré, pero no lo haré si solo me lo dices por compromiso.

Me quedé mirándole porque parecía que me había leído el pensamiento. Claro que se lo había dicho por compromiso; quería que se quedara conmigo todo el tiempo. El hecho de que antes hubiera tomado las riendas de la situación hizo que me relajara y me sintiera arropada.

Creo que ese fue el momento en el que me empecé a dar cuenta de que sentía por Gael algo más que amistad. Y reconozco que me dio algo de vértigo. Después de la mala experiencia que había vivido hacía relativamente poco tiempo, el fijarme en otro chico avivaba el miedo a que me volvieran a hacer daño.

—Solo me marcharé si me pides que me vaya. ¿Quieres que lo haga?

Me miró a los ojos mientras esperaba mi respuesta. Mi palabra no tardó en

llegar, acompañada de unas lágrimas que me volvían a resbalar por las mejillas sin permiso.

—No.

—Entonces, está todo dicho. Me quedo —contestó cogiéndome la mano con suavidad y con una leve sonrisa.

Inmediatamente, una voz por megafonía dijo:

—Familiares de Noemí Soler, acudan a la consulta número cinco.

Fabiola, que seguía paseando de un lado a otro, se dio la vuelta con rapidez y me buscó con la mirada. Las dos corrimos hacia la sala número cinco.

Gael venía tras de mí y se quedó fuera esperando a que el médico nos informara a nosotras. Cuando entramos en la consulta, nos encontramos con un médico sentado en una silla frente a una desolada mesa. La sala era fría en todos los sentidos, tanto por lo que transmitía como por lo que se percibía. De paredes blancas, decoración inexistente y dos sillas vacías esperando a que las ocupáramos.

—Pueden sentarse —dijo el doctor mirando unos papeles que sostenía con ambas manos.

Hicimos lo que nos dijo y esperamos ansiosas sus palabras.

—A ver —dijo frotándose la cara tras dejar los papeles sobre la mesa—. Usted es su madre, ¿verdad?

—Sí —respondió Fabiola con rapidez.

—El atropello ha sido grave, pero menos de lo que pensábamos cuando la uvi la trajo aquí.

Mal empezamos, pensé.

—Su hija ha tenido mucha suerte porque el coche frenó antes de que el accidente tuviera peores consecuencias. La señorita Soler presenta un traumatismo craneoencefálico leve, un esguince cervical en grado I y varias heridas y abrasiones. Tiene un pequeño esguince en el tobillo derecho y una contusión en la rodilla.

Fabiola reprimía las lágrimas, centrada totalmente en lo que el doctor nos quería decir.

Yo le cogía la mano para intentar transmitirle la fuerza que a mí me faltaba.

—Va a estar en observación como mínimo veinticuatro horas y, si todo va como debiera, sin ninguna complicación, la subiremos a planta. Pero, de momento, vamos a centrarnos en su evolución.

—¿Está despierta? ¿Puedo verla? —preguntó su madre con angustia.

—Por ahora, no. Está sedada y necesita descansar.

—Pero ¿cuándo podré verla, doctor? —insistió Fabiola.

—En cuanto despierte les avisaremos —respondió levantándose y recogiendo los papeles—. Buenas noches.

Y salió de la consulta casi sin despedirse. ¿Aquel médico no tenía empatía o

qué? Nos había dado el informe de mi amiga como el que te está contando lo que va a hacer mañana para comer.

Salí de la consulta con un remolino emocional tal que no sabía si alegrarme o no por lo que nos acababa de decir aquel doctor. Gael esperaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, y nada más vernos salir, se acercó hacia nosotras con rapidez.

— ¿Cómo está?

Su madre le explicó más o menos lo que habíamos entendido. El médico nos había dicho que Noemí había tenido suerte, pero, en ese momento, pensar que tenerla significaba estar en las urgencias de un hospital tras un atropello, me costaba un poco entenderlo.

Volvimos a sentarnos en el mismo sitio donde antes habíamos dejado parte de nuestros nervios y nuestra ansiedad. Fabiola comenzó a hacer algunas llamadas de teléfono y, de pronto, me acordé de que no había llamado a Cloe.

Había estado tan atrapada por el miedo, que no me había dejado ver más allá. Busqué su contacto en el móvil con cierta angustia; no sabía muy bien cómo abordar el tema y decirle que nuestra amiga había sufrido un atropello.

— ¿Me acompañas fuera a llamar a Cloe? — pregunté a Gael, que esperaba en silencio a mi lado.

— Claro. Vamos.

Salimos a la calle y respiramos aire fresco después de estar dentro tanto tiempo. Y yo, personalmente, lo agradecí. Gael sacó un cigarro de la parte trasera de su pantalón y se alejó un poco. Supongo que para darme cierta intimidación en la llamada.

— ¡Hola, mi niña! — escuché a Cloe tras el auricular.

— Hola, Cloe — respondí con un suspiro.

— ¿Qué pasa, Naira? — Enseguida mi voz desveló que algo no iba bien—. ¿Estás bien?

— Estoy en el hospital.

— ¿En el hospital? ¿Qué te ha pasado?

— No, no es por mí. Es Noe...

No me dejó terminar la frase.

— ¡Noe! ¿Qué le ha pasado a Noe?

— Espera, déjame contarte. — Cogí aire—. Esta tarde la han atropellado.

— ¡Pero qué dices! ¿Que la han atropellado? ¿Dónde está? ¿Está bien? ¡Dime, Naira, por favor! — Su voz se alzaba por momentos.

Le expliqué en qué hospital estaba y me dijo que enseguida vendría para acá. Y aunque me costó mucho convencerla de que no lo hiciera hasta que supiéramos algo, al final lo conseguí. En cuanto colgué el teléfono, no pude evitar derrumbarme y ponerme a llorar sin parar. Las lágrimas se deslizaban por mis

mejillas como un torrente de emociones incontroladas. Me tapé la cara con las manos, y al momento noté como unos brazos me rodeaban con sumo cuidado. Por el aroma supe que era Gael. Me acomodé en su pecho y lloré con toda la libertad que sabía que tenía. Él me acompañó en mi desasosiego, sin hablar, y me dio el apoyo que necesitaba. A veces, los silencios dicen más que un millón de palabras. Y este fue el caso.

No sé el tiempo que pasamos así, pero mi angustia fue remitiendo hasta poder separarme y mirarle a la cara.

—Gracias —dije.

—No tienes que dárme las —respondió mirándome a los ojos—. ¿Cómo estás? ¿Quieres que te traiga algo de comer?

—No, no te preocupes —agradecí—. Voy dentro con Fabiola. Tú vete a casa ya, por favor. Me sabe fatal...

En ese instante sonó el teléfono de Gael y ambos dimos un paso atrás. Se sacó el móvil del bolsillo y creí escuchar un ligero «joder» justo antes de descolgar.

—Dime, papá —respondió.

Su padre debía de estar dándole instrucciones al otro lado del teléfono mientras él asentía sin hablar y fruncía el ceño.

—¡Te he dicho que ya lo sé! ¡Tú por eso no te preocupes! Siempre estás con lo mismo, joder, papá. —Dejó de hablar mientras escuchaba con aspecto nervioso lo que su padre le decía—. Que sí, papá, que lo sé. Tengo que colgar, luego nos vemos.

Y colgó de manera abrupta. Nada más hacerlo, le miré curiosa y él empezó a masajearse el puente de la nariz con los ojos cerrados.

—¿Todo bien? —pregunté.

—¿Qué...? Sí, perdona. Era mi padre. Mañana salimos de viaje dos semanas por cuestiones de negocios y está nervioso porque no estoy ya en casa, maleta en mano y casi en la puerta en posición de salida. Si por él fuera, esta noche dormiríamos en el aeropuerto.

—Pues... vete, de verdad. Sin problemas. Además, no sé cuándo podremos entrar a ver a Noe —dije mirando hacia el suelo.

Cuando me dijo que estaría fuera dos semanas sentí una mezcla de pena y rabia, porque en una semana y media sería mi cumpleaños y me hubiera gustado que él acudiera. Mis dieciocho años; no me lo podía creer. ¡Ya iba a ser mayor de edad! Aún no sabía lo que mis amigas me prepararían, y menos ahora, en el estado en que estaba Noe, pero sí que me apetecía decirles a Hugo y a Gael que vinieran a celebrarlo conmigo.

Noe siempre me decía que, como yo iba a ser la primera en cumplir los dieciocho, me prepararían un fiestón que jamás olvidaría. Y reconozco que no me sorprendían en absoluto sus ganas de liarla, aunque sí tenía cierto miedo a las

ideas que pudieran salir de esa cabecita. Pero ahora, lo único que quería era que saliera de esta, se recuperara y volviéramos a oír sus originales comentarios. Lo de menos era celebrar mi cumpleaños.

—No te preocupes por mí, de verdad.

Entramos de nuevo en la sala de espera y, al ver que la cosa iba para largo, decidí llamar a mis padres para explicarles lo sucedido. Mi madre respondió con un grito ahogado tras el auricular.

—Mamá, tranquila. Estamos esperando para verla y luego ya me voy a casa.

—Espérate ahí, que vamos a buscarte —dijo apurada.

—¡Que no, mamá! ¡Que no hace falta! Luego cojo un taxi. Estoy relativamente cerca de casa.

En ese momento, Gael hizo un gesto para atraer mi atención; le miré y vi como señalaba su pecho con el dedo índice, mientras leía en sus labios «te llevo yo».

—Eh, mamá..., que no vengas, que seguro que luego me puede acercar Fabiola.

—Bueno, en cualquier caso, llámame en cuanto sepáis algo, y si quieres vamos para allá.

—Tiene que venir Cloe aún, así que no te agobies, mamá, que bastante lo estoy yo ya.

Tras despedirme de ella y quedar en que la llamaría, colgué el teléfono suspirando.

—Yo te llevo a casa cuando quieras irte —afirmó Gael.

—Joder, no te imaginas el apuro que me da que lleves aquí toda la tarde conmigo, teniendo tú cosas que hacer.

Una media sonrisa iluminó su cara e hizo que me sonrojara.

—Naira —dijo acercándose a mí—, te prometo que prefiero estar aquí contigo que haciendo la maleta. Solo imaginar que tengo dos semanas por delante con mi padre en el mismo hotel me dan ganas de salir corriendo.

—No será para tanto —sonreí.

—Créeme, sí lo es —dijo alzando una ceja.

En ese preciso instante, Fabiola apareció como una exhalación en la puerta de urgencias.

—¡Naira! ¡Es Noe! ¡Podemos pasar a verla!

Corrí como alma que lleva el diablo y sentí que Gael venía detrás de mí. Vi como Fabiola entraba por una puerta que daba acceso a un pasillo estrecho.

—Os espero aquí. Suerte —dijo Gael despidiéndose con un guiño.

—Gracias —suspiré. Y corrí detrás de Fabiola.

Cuando entramos en aquella sala, en la que había más enfermos, un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. De fondo se escuchaba un pitido

repetitivo que mostraba el ritmo cardiaco de los enfermos. Una enfermera nos guio hasta la cama de Noemí. Tenía los ojos cerrados y respiraba con calma. Su rostro presentaba algunos rasguños y un golpe amoratado e inflamado en la frente. Llevaba un collarín blanco que la mantenía inmovilizada. Estaba tapada hasta el cuello y, por lo que indicaba el monitor, sus pulsaciones no estaban alteradas.

Nada más verla, su madre se puso la mano en la boca para esconder un quejido, que apuesto a que hubiera preferido soltar a los cuatro vientos. Se puso a llorar en silencio, mientras yo la cogía del brazo para que notara mi apoyo y mi presencia.

Nos separamos y nos pusimos cada una a un lado de la cama. Fabiola levantó un poco la sábana a la altura de la cintura para cogerle con suavidad la mano.

—Lo siento, cariño —sollozó.

Entonces, Noemí abrió los ojos despacio y dirigió la mirada hacia su madre.

—Noe —susurré con una sonrisa nerviosa.

—Hola —dijo en el mismo tono.

—¿Cómo estás, hija? —preguntó Fabiola sin poder evitar que las lágrimas le recorrieran sin descanso el rostro—. ¿Te duele algo?

—Me duele un poco la cabeza —respondió tocándose la frente.

Las dos la mirábamos como si estuviéramos adorándola, y la verdad es que, después del susto que nos había dado, si hubiera tenido que ponerme incluso de rodillas, lo habría hecho sin problema.

—Bueno, no me miréis así. ¿O es que estoy a punto de palmarla? —dijo con media sonrisa.

Solté una pequeña carcajada. Esa era mi amiga. Noemí había vuelto. Para que supiera que estaba bien solo me faltaba oír uno de sus comentarios, y lo acababa de hacer. Había vuelto a conseguir hacerme reír.

—No digas eso ni en broma —respondió su madre con rapidez.

—Joder, mamá, es que me miráis como si esto fuera un entierro. Y ya os digo que, dadas las circunstancias, tiene pinta de que la protagonista del funeral sea yo.

Su voz era algo débil, pero eso no impedía que saliera a la luz ese humor negro que la caracterizaba.

—¿Creías que te ibas a librar de mí en tu dieciocho cumpleaños, nena? —dijo mi amiga sonriendo.

—Anda, tonta, no pienses en eso ahora. Lo importante es que te recuperes y mi cumpleaños es lo de menos —respondí.

Noe me guiñó el ojo, seguido de un gesto de dolor.

—Mierda, me tira la piel de la frente —se quejó.

—Deja de hacerte la *superwoman* y descansa.

El médico pasó a vernos y nos contó que, gracias a que el impacto había sido desde el extremo del coche, las consecuencias no habían sido muy graves. Parecía que no tendría que pasar muchos días en el hospital porque los traumatismos podrían tratarse en la consulta de su médico de familia. Así que, por lo que nos decía, y yo creía entender, la cosa no iba muy mal.

También nos dijo que al día siguiente la subirían a planta y que hasta entonces no podríamos verla, de modo que nos aconsejó que nos marcháramos a casa y que volviéramos al día siguiente.

—Ante cualquier novedad nosotros la llamaríamos —apuntó el doctor dirigiéndose a Fabiola—. No se preocupe.

Fabiola se lo agradeció y le dio un apretón de manos.

Nos despedimos de Noe con un abrazo. Un abrazo en el que me dejé el alma y el corazón. Jamás te das cuenta de las personas que tienes a tu lado y el grado de amor que sientes hacia ellas hasta que estás a punto de perderlas. Sí, ya sé que es un tópico, pero es que nunca lo había vivido tan de cerca. Y solo imaginar por un momento que podía haber perdido a mi amiga, se me parte el alma y me genera mucha angustia.

Cogí mi móvil medio a escondidas y le mandé un mensaje rápidamente a Cloe para decirle que no viniera. No íbamos a poder ver más a Noe por hoy, así que sería una tontería que acudiera hasta aquí para tener que volverse a casa sin verla.

Cuando salimos de aquel frío pasillo, vi a Gael que esperaba sentado en los mismos asientos donde habíamos sufrido minutos antes. Miraba el móvil, con el cuerpo echado hacia delante y los codos apoyados en las rodillas. Al acercarnos, alzó la mirada y se puso en pie con rapidez.

—¿Cómo está? —preguntó serio.

—Bien —respondí con una media sonrisa—. No ha perdido su irónico humor, y eso es buena señal.

—Eso son muy buenas noticias.

Le conté que el médico nos había aconsejado irnos, porque hasta el día siguiente no podríamos verla. Mientras, Fabiola daba sus datos en recepción para que la avisaran con lo que fuera.

—Venga, que te llevo a casa —afirmó Gael solícito.

—No te preocupes, Gael, puedo coger un taxi. Llevas aquí toda la tarde, estarás cansado —respondí apurada.

—A ver, Naira —dijo dando un paso adelante—. Soy yo el que te ha propuesto llevarte. Y lo he hecho porque quiero hacerlo. No le des tantas vueltas, ¿vale? Además, tu casa está cerca de aquí, no me supondrá mucho tiempo. Y tranquila, porque ya me encargaré de cobrármelo de alguna manera. —Sonrió.

Venga, vale, me había convencido. Si me volvía a mirar así, cualquier cosa

que me pidiera se la daría. Nos despedimos de Fabiola en la puerta de urgencias. Ella se quedaría un rato más, porque quería hacer unas llamadas antes de coger el coche y ponerse a conducir.

—Gracias por todo —nos dijo.

—No tienes por qué dárnoslas. Es mi amiga. Jamás la habría dejado sola —me sinceré.

—A ti también, Gael. Te he conocido hoy, pero es de agradecer que hayas estado a nuestro lado todo el tiempo. —Se emocionó mientras se lo decía—. De verdad.

—Es lo menos que podía hacer —respondió con la educación que le caracteriza y ese tono de voz serio y asertivo que, para qué nos vamos a engañar, me parecía tan sexi.

Salimos hacia el garaje a buscar el coche; era una noche estrellada y empezaba a refrescar un poco. Sentí que la humedad me erizaba la piel, pero no quise hacer ningún gesto que Gael pudiera interpretar como que tenía frío y evitar así volver a quitarle la chaqueta.

Caminaba abstraída pensando en lo que había ocurrido cuando de repente noté que me ponía su chaqueta sobre los hombros sin mediar palabra.

—Pero... —dije.

—No me digas nada, porque no pienso aceptar que me la devuelvas —sonrió—. Te vas a constipar si no la llevas, y ahora tienes que cuidar de tu amiga. No vaya a ser que también tenga que ir a verte a tu casa porque has cogido un resfriado.

Sonreí mientras le miraba, entre tímida y algo embelesada. No sé por qué, pero en ese momento una lágrima me resbaló por el rostro. Él alzó levemente las cejas y frunció un poco el ceño. Levantó la mano despacio hacia mi rostro y me la retiró con el pulgar con una suavidad pasmosa. Se me aceleró el corazón al notar el contacto de su piel en la mía. Nos miramos mientras la sonrisa daba paso a un gesto que reflejaba la atracción que empezábamos a sentir.

Tardó en retirar la mano de mi mejilla y reconozco que no me importó. Era como si Gael estuviera poniendo a prueba mis ganas de su contacto físico. En ese momento, vi como su cara empezaba a acercarse despacio. Apoyó con suavidad su frente en la mía y cerré los ojos.

—Todo va a salir bien —susurró.

Tragué saliva, sin querer que ese momento terminara; no deseaba abrir los ojos. Ojalá hubiera podido parar el tiempo y recrearme en esa situación, sin miedo a que acabara, pero por desgracia no era posible; y tan pronto sentí eso, empezaron a venirme a la cabeza algunas imágenes de lo que me pasó con Mora aquella noche. Me separé de Gael como si su frente quemara y, asustada, le devolví la chaqueta. Él me miró con extrañeza y se limitó a cogerla.

—Vámonos ya, por favor —dije deprisa mientras empezaba a caminar con ligereza hacia el coche.

Me asusté y, aunque estaba casi segura de que Gael no me haría daño, también había pensado lo mismo de Mora, y mira cómo acabó la historia.



Noe estuvo cuatro días más en el hospital. Fui a verla a diario y me pasé jornadas enteras a su lado. Su madre tenía que trabajar y yo quería estar allí. A Cloe prácticamente la obligamos a que se fuera con su novio y disfrutara de ese par de días juntos y sin padres. Ella, en un primer momento, se negó en rotundo.

—No pienso irme de aquí dejando a Noe en este estado —me dijo muy seria.

—Pues te vas a ir y vas a disfrutar —le respondí—. Además, tampoco podemos hacer mucho; solo sentarnos a su lado y hablar. No lograremos que se recupere antes.

—Ya, pero si me voy, seguro que estaré todo el rato pensando en cómo estará. Sin embargo, si estoy aquí, estaré más tranquila —argumentó.

—Si yo te entiendo perfectamente, pero comprende tú a Noe. Se va a sentir fatal si no te vas con Raúl. Así que ve, disfruta y luego nos das envidia contándonos todas las cochinadas que has hecho con él —sonreí.

Cloe me miró también con una media sonrisa, como si estuviera pensando una respuesta. Alcé las cejas para animarla, hasta que resopló y respondió:

—Bueno, venga, vale. Pero que sepas que no me voy nada tranquila. Y que conste que me marcho porque sé que Noe, si no, va a estar dándome el coñazo los dos días.

Sus comentarios me hicieron soltar una carcajada que acabó contagiándola también. Nos dimos un abrazo y nos despedimos hasta la vuelta..., aunque sabíamos que estaríamos en constante contacto durante esos días.

La última noche que Noe estuvo en el hospital le dije que me apetecía quedarme a dormir con ella.

—¡Pero qué dices, loca! Vete a tu casa.

—¡Que no! Que me apetece quedarme y que hablemos tranquilas hasta las

tantas... Y que nadie venga a interrumpirnos.

—Hombre, visto así, la única que puede interrumpirnos es la enfermera para ponerme el termómetro —sonrió.

—Entonces está hecho. No hay más que hablar.

Me fui a casa a darme una ducha y a ponerme algo cómodo para pasar la noche con mi amiga. Me apetecía hablar con ella sobre el tema de su madre en un lugar donde ella no pudiera oírnos ni vernos. Así, pensaba, lo mismo se encontraba más relajada hablando sobre ello.

Llegué al hospital como a las siete de la tarde. Su madre estaba en la habitación, sentada en la butaca leyendo una revista. Noe, tapada hasta arriba, veía la tele. Eran habitaciones individuales y la verdad es que estaba muy bien, ya que así no nos preocupaba que pudiéramos molestar a nadie con nuestros comentarios o risas.

—¿Se puede...? —pregunté asomando la cabeza.

—Hola, nena —dijo Noe apartando la vista de la televisión.

Fabiola también alzó los ojos y me recibió con una sonrisa. Se levantó para darme dos besos y aproveché para decirle que se marchara ya a casa; tenía cara de agotada. Se levantaba tempranísimo para ir a trabajar; se había autoadelantado el horario para salir antes y estar con su hija el mayor tiempo posible.

Además del cansancio que de por sí provoca un hospital, estaba la situación con Noe, lo que hacía que estuviera más cansada aún. No era fácil encarar una coyuntura así, cuando te creías culpable de todo lo ocurrido.

Fabiola se despidió de su hija con un beso en la frente. Aún era palpable la tensión entre ambas. Hasta donde yo sabía, no habían hablado del tema todavía. La madre me llegó a decir, antes de entrar en la habitación el primer día que estuvo en planta, que iba a intentar no hablar mucho del tema para no alterar a Noe en esa situación. Que esperaría a que saliera y estuviera recuperada para volver a plantearlo.

Después de que le dieran la cena a Noe, bajé a la cafetería a comprarme un bocadillo y un refresco. Subiría con todo y me lo comería en la habitación con ella. Opté por uno de tortilla de patata y un refresco de naranja. No tardé mucho y, nada más llegar, me dispuse a cenar.

—¿Quieres? —pregunté antes de empezar a comerme el bocadillo.

—¿De qué es?

—De tortilla de patata.

—Qué raro —bromeó.

—¿Qué? Sabes que muero por una buena tortilla de patata. Y más si va entre pan y pan.

Le dio un pequeño mordisco a mi cena y, mientras yo le daba un sorbo al refresco, me dijo:

—Nena, no sé cómo voy a encarar lo de mi madre cuando salga de aquí.

Dejé la bebida sobre la mesa auxiliar y me incorporé para cogerle la mano desde la butaca donde yo estaba sentada. Tomé aire y suspiré.

—A ver, no sé muy bien qué decirte. Porque desde fuera se ve muy fácil, pero solo tú sabes lo que tienes que hacer y lo que quieres. Por lo que he hablado con tu madre, ella lo está pasando muy mal porque no sabe hacerte ver que es feliz así. Pero que para ella lo primero eres tú.

—Si yo lo sé, nena, pero es que tiene que entender que verla con una mujer es muy duro para mí. Y no solo verla, sino asimilar que quiere compartir su vida con ella.

—Date tiempo, pero sí que creo que estaría bien que tu madre supiera que tú también lo necesitas. A ella le dará tranquilidad saber que estás dispuesta a intentar entender su nueva situación, pero que necesitas tu espacio.

—El problema es que no sé si estoy dispuesta o no. Y no me culpes por ello, pero no sé si quiero aceptar la nueva y repentina sexualidad de mi madre.

—Nadie te puede obligar, pero que sepas que estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—Lo sé, nena... —Y cerramos el tema con un gran abrazo—. Por cierto..., ¿no tienes nada que contarme?

—¿Yo?

—No, la enfermera, no te jode.

Solté una carcajada.

—¿Y qué quieres que te cuente? —pregunté.

—Me ha dicho mi madre que un chico estuvo aquí contigo mientras yo estaba en urgencias. La he ametrallado a preguntas, pero no recordaba el nombre.

—¿Cómo eres!, ¿eh? Qué cotilla...

—Sí, sí, cotilla, pero empieza a hablar.

—Era Gael —dije con la boca pequeña.

—¿Gael? ¿El mismo que va a ser tu jefe en pocos días?

—Sí, el mismo. —Di un sorbo a la bebida—. ¿Te acuerdas que te conté que después de la entrevista me acompañó a casa y fue cuando te vimos y saliste corriendo?

—Sí, por desgracia lo recuerdo.

—Pues me traje al hospital y se quedó hasta que te vimos. Y para evitar tus incómodas preguntas, que sabía que me harías —sonreí—, te conté que me vine en taxi hasta aquí después del atropello. Cuando tu madre llegó más tarde, ya estábamos Gael y yo aquí, y no sabía si habíamos llegado juntos o no.

—¿Qué fuerte...! Bueno, ¿y qué?, ¿te lo has tirado ya?

—Joder, Noe! ¡Siempre pensando en lo mismo!

—Hija mía, que aunque esté en el hospital sigo teniendo las mismas

necesidades que si estuviera fuera... Bueno, y ¿te gusta?

—¿Quién? ¿Gael? Qué va. —Bajé la mirada hasta el bocadillo.

—Pues no sé cómo será personalmente, pero tiene un físico para hacerle unos buenos apaños. Y tú lo sabes. Lo que pasa es que no lo quieres admitir.

—A ver, no puedo negar lo evidente, que es guapísimo, pero tampoco lo conozco tanto como para decir que me gusta.

—Entonces, al menos digamos que te atrae...

—¡Ay! ¡Que al final me lías! Voy a mirar el móvil, que creo que me ha llegado un mensaje.

Noe empezó a reírse. Esta chica no tenía remedio. Siempre acababa dándole vueltas a la historia hasta que conseguía que confesara cosas que ni yo tenía claras.

Era cierto que, desde que Gael estuvo conmigo en urgencias y me cuidó tanto, descubrí en él una parte que no conocía, y era ese Gael como persona. Antes no había tratado tanto con él como para que me gustara, pero reconozco que empezaba a verlo con otros ojos.

Desde que se fue de viaje con su padre no había sabido nada de él y me había escocido un poco que no me hubiera escrito, pero tampoco tenía obligación de hacerlo. La semana siguiente sería mi cumpleaños y me habría gustado invitarle, pero Noe me había prohibido terminantemente preparar algo relacionado con la celebración. Dijo que entre ella y Cloe organizarían todo y, es más, no me dirían ni cuándo lo íbamos a celebrar.

—Te avisaremos el mismo día por la mañana para que puedas ir arreglada. Pero no te aseguro tampoco que sea el día del cumple...

Ese era el mensaje que Noe me había transmitido el día anterior en el hospital. Así que tendría que tener preparada la ropa desde ya, por si acaso. No quería ir a la celebración de mi dieciocho cumpleaños hecha unos zorros.

CLOE



Después del accidente de Noe, Cloe no había querido separarse de ella. Se marchó un par de días con su novio al pueblo, pero estuvo pegada al teléfono todo el tiempo, en constante contacto con sus amigas. No disfrutó del encuentro con su chico tanto como lo hubiera hecho en otras circunstancias, pero por lo menos estuvo con él.

El problema era que no sabía si había sido por la situación con Noe o por otro motivo, pero esta vez no fue igual con Raúl. En varias ocasiones, él le preguntó si estaba bien y ella le respondió que sí, pero no era verdad.

No sintió las mismas mariposas en el estómago que la última vez que se vieron. Cloe se resistía a pensar que la distancia al final hubiera hecho mella en la relación, pero lo cierto era que algo había cambiado.

Mientras estaba en su casa cuidando de su hermano pequeño, ya que su madre estaba trabajando, recibió una llamada de Noe.

—¡Hola! —dijo Cloe nada más descolgar—. ¿Cómo está mi cojita?

—¡Hola, guapa! Pues estoy mejor; en nada estaré sin la muleta.

—¡Cuánto me alegro! ¿Qué tal con tu madre?

—Bueno, ese es otro tema... Ya te contaré con calma, con un cigarro y unas cervezas. Oye, te llamaba para contarte que he hablado con Hugo y que está todo ok.

—¿Al final arreglado?

—Todo perfecto.

—Entonces, quedamos en que mañana por la mañana la llamas tú y por la tarde la voy a buscar yo. Y de ahí la llevo a donde hemos quedado, ¿verdad?

—Sí. ¡Estoy supernerviosa! ¡Una de nosotras ya cumple dieciocho años! No

sé quién está más emocionada, si ella o yo.

—Pues conociéndote, a mí me surge la misma duda. Bueno, pues vamos hablando entonces, ¿vale?

—Genial. ¡Un besazo!

—¡Adiós! Otro para ti y ¡cuidate ese pie!

Cloe vivía con su madre y su hermano pequeño. Sus padres se separaron nada más nacer él. Ahora tenía once años y ella le cuidaba mucho mientras su madre trabajaba. Sus padres se llevaban bien y eso era algo que hacía feliz a Cloe. Su padre venía muchas veces a cenar a casa con ellos y otras tantas pasaban el día los cuatro juntos por ahí. Cloe no entendía por qué no vivían todos como una familia si la relación era tan buena, pero nunca se había atrevido a preguntárselo a ellos.

Su padre pasaba puntualmente todos los meses la pensión de los dos a su madre; nunca había fallado y jamás se había retrasado. Muchas noches, cuando Cloe se iba a la cama, soñaba con que volvieran a vivir juntos los cuatro. No es que ella tuviera mucha experiencia en el amor, pero cuando estaban todos sentía que las miradas entre ellos iban más allá de una cordialidad para que sus hijos no sufrieran.

—¡Adrián! ¿Quieres dejar de jugar a la consola y hacer tu cama? —gritó Cloe.

—Espera que acabe la partida —respondió su hermano sin retirar la vista del monitor.

—¡Eso dices siempre y tardas mucho! ¡Sabes que mamá está trabajando y tenemos que ayudarla!

Cloe continuó barriendo el salón a la espera de que su hermano dejara la consola o iría ella a arrancársela literalmente de las manos. En ese momento llamaron a la puerta de su casa. Bajó un poco la música que tenía puesta en la televisión y, dejando a un lado el cepillo de barrer, se acercó a abrir. Se quedó helada al ver a quién tenía delante.

—¡Raúl! ¿Qué haces aquí? —dijo mientras se abalanzaba hacia él para abrazarle.

—Hola, cariño —respondió él tras darle un beso en los labios.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo, he venido directo a tu casa.

Entraron al salón y se sentaron en el sofá, uno junto al otro. Cloe le miraba aún alucinada por la sorpresa.

—¡Qué casualidad que hayas venido justo hoy! ¡Mañana celebramos el cumpleaños de Naira!

Raúl la miró con la sonrisa ladeada.

—¡No me digas que lo sabías...! Pero...

—Noe.

—¿Noe te lo ha dicho?

—Noe me ha invitado y no quisimos decirte nada para darte la sorpresa.

—Pero si me dijiste que este fin de semana tenías que ayudar a tus padres.

—Tenía que buscarme una coartada para que no me pillaras.

Cloe volvió a abrazarlo con fuerza. Le hacía mucha ilusión que Raúl estuviera en la celebración del decimoctavo cumpleaños de su amiga.

—Ahora no quieres que deje la consola, ¿eh? —se asomó Adrián burlón por la puerta del salón.

Raúl se dio la vuelta y, al verle, se levantó enseguida a saludarle.

—¡Qué pasa, tío! —dijo mientras ponía la mano para que Adrián la chocara.

—Aquí, luchando con mi hermana, como cada día. A ver si me la relajas un poco.

El primer instinto de Cloe fue levantarse para darle una colleja, pero se conformó con sacarle la lengua desde el sofá.

—¿Te quedas a comer, Raúl? —preguntó el pequeño.

—Si tu hermana me invita... por mí encantado —respondió guiñándole un ojo a la chica.

Cloe sonrió y con ese gesto dio a entender que aceptaba su propuesta.



Me estaba metiendo en la cama cuando recibí un mensaje en el móvil. Lo cogí de la mesilla y me senté en la cama antes de leerlo.

¡Naira, que te quedan horas para ser mayor de edad! —escribió Noe—. ¿Cómo te sientes?

¡Hola! Pues, de momento, no me han salido tres piernas ni cuatro ojos, pero lo mismo a partir de las doce muto como los gremlins.

¡Hola, chicas! —se incorporó Cloe—. ¡Mañana es el día! ¿Estás nerviosa?

No, mañana a ver cómo me levanto. ¡Lo mismo durante la noche me crecen las tetas!

¡Eso estaría bien! —animó Noe.

¡Qué ganas tengo de achucharte y tirarte de las orejas! —escribió Cloe.

¡Y yo qué ganas de achucharte y de que te tires a alguien! —respondió Noe acompañando el mensaje con un montón de caritas sonrientes.

Esa respuesta me hizo reír. ¡Qué obsesión tenía esta chica con que me acostara con alguien! Y después de lo de Mora, era lo que menos me apetecía, la verdad.

¿Ya estamos? ¡Cualquier día me busco un gigolò solo para tirármelo y darte el gusto! —continué.

Bueno, tú tranquila, que te lo pagamos nosotras. Pero creo que a ti no te hace falta pagar a nadie; llamamos a Gael y seguro que se ofrece encantado —bromeó Cloe.

¡Anda, dejadme en paz! Os ha dado con Gael, ¡pero que va a ser mi jefe!

Nena, eso da un morbo...

¡Noe, a ti te da morbo hasta un perro vestido de flamenco!

Cloe empezó a poner caras que lagrimeaban de la risa.

¿Pero flamenco de animal o de vestido de faralaes? —preguntó Noe.

No importa, de las dos maneras, cariño.

Seguimos bromeando un rato hasta que nos despedimos. Me encantaban estas conversaciones tan surrealistas, tan nuestras y a la vez tan gratificantes.

Apenas dejé de nuevo el móvil en la mesilla y me tumbé a leer un rato, volvió a sonarme un mensaje en el teléfono. «Algo se les ha olvidado a estas unicornias», pensé.

Desbloquéé el móvil sonriendo y esperando cualquier comentario jocoso de mis amigas, pero me entró un hormigueo en el estómago al descubrir que quien me escribía era Gael.

Hola, futura compañera de trabajo.

Me incorporé de un respingo en la cama. Creo que hasta me atusé el pelo, ¡como si fuera a verme! Definitivamente, este chico empezaba a activar en mí sentimientos que me hacían desvariar un poco.

¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo va el viaje de trabajo?

Pues un coñazo, la verdad. Todo el tiempo de reunión en reunión.

Bueno, ya te queda menos para volver, ¿no?

Sí, en tres o cuatro días estaré de nuevo en Madrid.

Reconozco que leer que no estaría aquí para mi cumpleaños me escoció un poco. A ver, que tampoco sabía que al día siguiente yo sería ya mayor de edad; ¿cómo iba a saberlo si yo no se lo había dicho?

¿Y qué tal con tu padre?

Pues si aún no lo he asesinado es que no va muy mal.

Venga ya..., no será para tanto.

Tú tíntame y cualquier día te encierro con él en un ascensor.

Me carcajeé.

Solo cinco minutos —continuó— y después me cuentas.

Vale, vale. Me hago a la idea.

Bueno, y ¿cómo está Noe?

¡Bien! Ya dándolo todo, aunque aún lleva una muleta.

No sé por qué no me extraña. Lo poco que la he tratado me ha dejado clarísimo que es una todoterreno.

Sí. Doy fe de ello. ¿Y... cuándo vuelves?

O se lo preguntaba o reventaba.

En unos cuatro días. ¿Por qué? ¿Querías proponerme algo indecente?

Define indecente.

Uf, ¡qué difícil! Algo lascivo, sexual, sensual...

Vale, para, te he entendido. —Me sonrojé—. Pues entonces va a ser que no era algo indecente. Era bastante decente.

Joder, qué lástima. Para la próxima lo mismo... —respondió poniendo emoticonos que sacaban la lengua.

No creo...

Entonces, ¿qué me ibas a proponer?

Mañana es mi cumpleaños.

¡No jodas! ¡Felicidades!

Gracias.

¿Y vas a celebrarlo?

Sí, pero no sé cuándo ni cómo.

Anda, ¿y eso?

Porque tengo unas amigas muy cachondas y no me han dicho qué día lo vamos a celebrar. Así que estaré de los nervios hasta que me avisen.

Jajaja... Qué pena no estar allí. Si lo hubiera sabido antes, me habría escapado, aun con el riesgo de que cuando mi padre volviera me desheredara. Bueno, y entonces ¿ibas a invitarme?

Sí y no.

¿Sí y no? Explícame eso.

Que te invitaría, pero como desconozco el día de la celebración... no podría decirte ni cuándo ni dónde.

Ah, vale. ¿Y está previsto que sea a lo largo de este fin de semana?

Me temo que sí.

Pues qué putada, porque seguiré secuestrado por mi padre aquí mínimo hasta el lunes. Pero no te libras de invitarme a una copa cuando vuelva.

Eso está hecho.

Nos despedimos y quedamos en que al día siguiente me llamaría para felicitarme. Y yo me dormí como flotando en una nube. Hasta hablando por medio de mensajes conseguía sacar lo mejor de mí.



Por fin llegó el día de mi cumpleaños. Tras pasar cuatro días en el hospital y guardar reposo posteriormente, Noe ya se encontraba mucho mejor. Todavía caminaba con una muleta, pero eso no había sido para ella ningún inconveniente para preparar la fiesta de mi cumpleaños. No sabía muy bien qué habían organizado, pero tenía muchas ganas de averiguarlo. Me levanté contenta porque, por fin, ya era mayor de edad. Llevaba años soñando con este día.

Mis padres estaban trabajando, así que estaba sola en casa. Me preparé el desayuno y cogí el móvil para ver si tenía algún mensaje. No tenía uno, sino miles. De gente del instituto, de familiares, de mis superunicornias... y otro que ya no me gustó tanto; de hecho, se me congeló la sonrisa. Era Mora.

Feliz cumpleaños, niña. ¿Creías que me había olvidado de ti? Me he enterado por Alba de que hoy te convertirás en mayor de edad. Si quieres, nos vemos y lo celebramos juntos con una fiestecita privada...

Sentí asco solo de leerlo. ¡Será sinvergüenza! Me dio tal punzada en el estómago que tuve que ir al baño rápidamente a vomitar. ¿Qué pasaba?, ¿que iba a estar hundiéndome la vida siempre? Pero el mensaje no había terminado ahí.

No tener noticias tuyas quiere decir que estás calladita como te dije. Muy bien, niña. Sigue sin hablar y así no tendré que callarte como tú y yo sabemos.

Qué hijo de la gran... Cogí aire y me senté en el sillón del salón a desayunar. Iba a borrar los mensajes de Mora, pero finalmente no lo hice por si en algún futuro me sirvieran para algo, aunque de momento no pretendía que nadie se enterara de lo que me había hecho.

Mientras almorzaba leí todas las felicitaciones que me habían enviado vía móvil o redes sociales. Me alegré porque hacía tiempo que no sabía de algunas personas y reencontrarlas de nuevo me hizo ilusión. Cuando me estaba preparando para ir a la ducha, mi móvil empezó a sonar. Lo tenía enchufado en el salón, así que corrí hasta él.

— ¿Sí?

— ¡Feliz cumpleaños, nena!

— ¡Hola, Noe! ¡Muchas gracias!

— ¿Qué tal ya con dieciocho años? ¿Has dejado de ser virgen? — Se rio.

— Ja, ja. Me muero con tus bromas. Como no se haya metido en mi cama esta noche el unicornio de peluche que me regalasteis el año pasado... — ironicé.

— Anda, tonta, si en el fondo te gustaría que un maromo te metiera la...

— ¡Noe! — la interrumpí—. No hace falta que des más detalles...

— Vaaale. Bueno, y ¿qué tal? ¿Te han regalado algo?

— Pues aún no; cuando me he levantado no había nadie en casa, así que...

— Ya te llegarán... ¿Quedamos esta tarde?

— Vale. ¿Adónde vamos?

— A ver, que creo que no me has entendido. — Hizo una pausa—. ¡Esta noche es la gran noche! ¡Hoy celebramos tu cumpleaños!

— ¿Hoy? ¡Pero si es jueves! — respondí nerviosa.

— ¿Tú nunca has oído decir que los jueves son los nuevos viernes? Además, ¿a quién le importa el día de la semana en el que estamos, siendo verano?

— Pero y ¿a qué hora? ¿Dónde? ¿Cómo?

— Shhhh, a ver, respira. Te recogerá Cloe a las ocho en tu casa.

— ¿Y tú?

— Yo os esperaré en el sitio de la celebración.

— Joder, me estás asustando. Unir en una misma frase las palabras fiesta y Noe es peligro seguro. Y conociéndote, me imagino haciendo puenting desde un rascacielos y sin cuerda de seguridad.

— Anda..., confía en mí. No soy tan mala. Solo... revoltosa.

— Curiosa definición. — Intuí su sonrisa tras el auricular.

— Bueno, pues lo dicho, estate preparada a las ocho que estará allí Cloe para recogerte.

Cuando colgué el teléfono estaba entre nerviosa y emocionada. ¡Mis amigas me habían preparado una fiesta de cumpleaños! Yo pensaba que la celebración sería durante el fin de semana, por aquello de que salir de fiesta siempre ha estado

asociado al viernes o al sábado. Pero, bueno, yo, como chica previsora que era, ya tenía el modelito preparado. Me había comprado un vestido negro de licra, con tul en el pecho y la espalda y cuello de caja. Era algo corto, la verdad, y cuando me lo probé me gustó muchísimo cómo me quedaba, pero no me puse en mitad de la tienda a bailar y saltar como pretendía hacer por la noche. Así que ensayaría en casa un rato para ver si, cada vez que me moviera, enseñaría a los invitados mi ropa interior y todo el mundo recordaría mi cumpleaños por el color de mis bragas.

La verdad es que el vestido era favorecedor; me realzaba el pecho y disimulaba la barriga, así que era perfecto para mí. Para acompañarlo, me había comprado unos zapatos del mismo color, con bastante tacón y algo de plataforma, ese gran invento para que no duelan tanto las plantas de los pies. Un pequeño bolsito cruzado y listo.

Aún dudaba de qué hacerme en el pelo, pero al final, tras buscar un montón de fotos en Google y verme unos cuantos tutoriales, decidí dejármelo suelto y ya está. Lo mismo me rizaba algo las puntas, pero poco más. Mi melena era lisa de por sí y se me solía ondular algo por abajo, así que solo tenía que marcar esos rizos con el secador.

Me centraría en el maquillaje. Hice la misma búsqueda que con los peinados, pero esta vez acerca de cómo maquillarme en mi dieciocho cumpleaños. Y al final elegí un estilo ahumado para los ojos y *nude* para los labios, que destacaba más los primeros.

Mis padres llegarían más tarde de las seis, así que casi no los vería. Les escribí contándoles mis planes y me dijeron que no me preocupara, que disfrutara de mi día y que les reservara el sábado a mediodía para comer todos juntos.

Recibí muchas llamadas a lo largo de la jornada. Cloe me llamó para felicitarme y para recordarme que a las ocho estaría en mi casa. A las cinco yo ya estaba de los nervios. No sabía si empezar a vestirme o no. Aún era pronto, pero ¿nunca os ha pasado que te quedan un par de horas o así para irte y no sabes cuál es el momento justo para empezar a prepararte? Porque a mí me pasa a menudo. Y por eso muchas veces me quedo corta de tiempo, y en otras ocasiones acabo tan sobrada que todavía puedo sentarme y leer un libro. Finalmente, decidí que a las seis sería un buen momento para comenzar a arreglarme, pero antes dejé todo extendido y listo sobre la cama.

Al final, me pudo la impaciencia y empecé a vestirme como a las cinco y media; ¡quería estar perfecta! Me daba mucha pena que Gael no pudiera ir a la fiesta, porque estaba segura de que, si hubiera llegado antes a Madrid, lo habría hecho. Pero estaba de viaje de negocios con su padre y eso, evidentemente, era más importante.

De repente, me entró el miedo. ¿Y si Mora se pasaba por allí? ¿Y si mis

amigas, intentando una reconciliación, lo habían invitado? No podía ser, no creía que ellas me hicieran tal putada, después de cómo terminamos Mora y yo. Creo que fui lo suficientemente convincente como para que se dieran cuenta de que no quería volver a saber nada más de él, ni verle en foto siquiera. Pero, recordando el mensaje que me había mandado Mora, en el que decía que se había enterado por Alba de que era mi cumpleaños, pensé que ella estaría invitada y al ser la novia de Rafa, su amigo, lo mismo se pasaban por allí. Creo que me puse blanca solo de pensarlo. Así que, ni corta ni perezosa, escribí al grupo de las unicornias para preguntárselo directamente; pasaba de estar media noche pendiente de la puerta, por si el gilipollas ese se dignaba a aparecer y amargarme mi cumpleaños.

Chicas, necesito preguntaros algo y que me seáis totalmente sinceras.

No pude hacer nada mientras tanto; solo quedarme sentada a los pies de la cama mirando la pantalla del teléfono y esperando una respuesta. Me daba lo mismo de quién fuera. Si de Noe o de Cloe. De repente, en el móvil apareció que la primera estaba escribiendo.

¡Hola, cumpleañera! ¿Qué te pasa? ¿Sucede algo?

¿Habéis invitado a Mora? Espero que la respuesta sea que no — escribí de forma directa.

Noe tardó algo en responder, aunque seguía en línea. ¿Por qué tarda tanto? Espero que no me mienta y que, cuando llegue, no aparezca Mora con la piñata en la mano.

No, nena, ¿cómo íbamos a hacer eso, si nos diste a entender que el tío era un completo gilipollas salido de mierda?

¿Seguro? No quiero sorpresas, Noe — advertí.

Seguro, nena, ¡confía en mí, coño! Tranquila, que ese tío está fuera de todo esto.

Gracias, mi niña. Es que me iba a empezar a arreglar y me entró el pánico de volver

a verle.

¿Pánico? Bueno, tampoco fue para tanto, ¿no?

Mierda, me acababa de traicionar el subconsciente.

Bueno, es un decir —disimulé—. Voy a empezar a arreglarme. Nos vemos luego.

¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Qué ganas tengo!!!

Cuando ya nos estábamos despidiendo, se unió Cloe a la conversación.

¡Chicas! ¡Que no había oído los mensajes!

¡Qué estarías haciendo! —apuntó Noe.

¡Tenía el móvil en silencio, lista! Bueno, que os he leído. Naira, cariño, tranquila que el impresentable ese no viene. Así que ve a prepararte que en nada paso a por ti. ¡Nos vamos de fiesta!

Nos despedimos las tres con emoticonos que mandan corazones al lanzar besitos y me fui directa a la ducha para empezar a arreglarme.



Era las ocho menos diez y no paraba de dar vueltas por mi habitación esperando a que sonara el telefonillo y fuera Cloe, que venía a buscarme. Mis padres ya habían llegado y estaban descansando en el salón después de un duro día de trabajo. Nada más entrar en casa, vinieron con un sobre en la mano, que me entregaron con una sonrisa cómplice en los labios.

Lo abrí rápidamente, pero con cuidado de no romper lo que había dentro. ¡Se me abrieron los ojos como platos! Eran dos entradas para un musical, basado en una película de los ochenta que había visto miles de veces.

—Pero... ¡si son entradas para ver *Dirty dancing!*

Me tiré a sus brazos a la vez y nos dimos un abrazo a tres.

—Gracias, gracias, gracias —les besuquéé.

—No nos las des y disfruta de tu regalo —dijo mi madre.

—Son para dentro de dos fines de semana. Elige con quién quieres ir y listo —apuntó mi padre.

No podía parar de dar saltitos y pequeñas palmadas. ¡Tenía muchísimas ganas de ir a verlo! Pero también era bastante caro y no me lo podía permitir. ¡Y ahora llegaban mis padres, como por arte de magia, con dos entradas en quinta fila y centradas!

Las cogí y las guardé en el primer cajón de mi escritorio. ¡Qué ganas tenía de que pasaran las dos semanas para estar ahí ya!

Había ojeado mucho por internet sobre el espectáculo. ¡Era mi primer musical! Ahora debía pensar en quién llevaría conmigo...

A las ocho menos cinco llamaron al telefonillo.

—¡Voy yo! —grité mientras corría hacia la puerta.

Era Cloe, que me estaba esperando abajo. Me despedí de mis padres y bajé en el ascensor. Escaneé mi vestimenta y mi maquillaje frente al espejo y me di, al

menos, el aprobado. Tampoco era cuestión de parecer una creída.

Mi amiga me esperaba apoyada en el portal, hasta que se encendió la luz por sensor y se dio la vuelta. Las dos sonreímos de oreja a oreja y, nada más abrir la puerta, nos abrazamos con fuerza.

—¡¡¡Feliz cumpleaños, Nai!!!

—¡Gracias! ¡Ay, qué nerviosa estoy!

—Bueno, tú tranquila, que solo vamos a celebrar tu cumpleaños.

—¿Solo? A ver, ¿tú crees que puedo estar tranquila cuando sé que vosotras me habéis preparado una fiesta de cumpleaños, y no de uno cualquiera, sino el de mis dieciocho años?

Cloe se quedó pensativa.

—Bueno, pues sí, tienes razón. Yo tampoco estaría tranquila.

—¿Y adónde vamos? —pregunté con una sonrisa nerviosa.

—Ah..., ¡sorpresa! Tú solo ven conmigo.

Comenzamos a caminar. Lo único que conseguí sonsacarle a Cloe fue que podíamos ir andando y que no hacía falta coger un taxi. Menos mal que, a pesar de que llevaba tacones, no eran muy altos. Cloe iba espectacular; llevaba un vestido largo estampado en tonos grises y negros anudado al cuello. El escote era en forma de pico y le hacía un generoso canalillo.

—¡Estás guapísima! —le dije.

—¡Qué va! He engordado... Quiero decir, que he engordado más de lo que ya estaba —aclaró.

—Anda, no digas tonterías, que estás genial.

Cloe no era una chica de la que pudieras decir que estaba gorda; tenía algo de sobrepeso, pero como su cuerpo estaba muy bien proporcionado, resultaba muy atractiva. Lo que ocurría era que últimamente hacía siempre muchas referencias a su peso, y no me gustaba, porque no quería que se sintiera mal por algo que no debería preocuparle.

Caminamos durante unos diez minutos hasta que llegamos a una zona de *pubs* y discotecas a la que solíamos ir. A medida que avanzábamos, vi que en la puerta de uno de los locales había un montón de globos. Miré a Cloe y una sonrisa la delató. Sin decir ni una sola palabra, me indicó que era allí adonde íbamos.

Un poco antes de llegar, mi amiga cogió su móvil y escribió algo rápido, para después guardárselo de nuevo en el bolso. Me sonaba que ese local se alquilaba para eventos; no era un sitio que estuviera abierto de manera continuada.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo Cloe.

—¡Ay, qué nervios! Y ahora ¿qué hacemos?

—Pues ahora entramos, pero yo primero, ¿vale?

—Vale, vale.

Estaba nerviosísima. A ver, yo me imaginaba que me harían una fiesta; era

algo que Noe me llevaba repitiendo desde los quince años, pero nunca pensé que llegaría el momento.

—¡Cuando cumplas dieciocho te voy a preparar un fiestón! —me repetía siempre.

Cloe abrió una puerta negra de hierro que daba a una pequeña entrada, en la que había un espejo a la izquierda y unas cortinas del mismo color. En ese *hall* no cabrían más de tres personas juntas.

—Espera aquí —me dijo.

Y atravesó el cortinaje y desapareció de mi vista. Yo aproveché para mirarme en el espejo y acicalarme un poco. Estaba de los nervios; no sabía qué me encontraría detrás de esas cortinas, y la expectación que sentía me provocaba cada vez más ansiedad.

No pasaron más de dos minutos cuando Cloe volvió a aparecer con una gran sonrisa en los labios.

—¿Preparada? —me preguntó.

—Noooo —sonreí.

—Pues vas a tener que estarlo, porque vamos a entrar ya.

Relajé los hombros y el cuello con movimientos circulares, cogí aire y lo exhalé con fuerza.

—Adelante.

Me tendió la mano y me cedió el paso. Abrí las cortinas con cierto miedo, tengo que reconocerlo, y ante mis ojos solo había oscuridad.

—¿Hola? —pregunté con miedo.

En ese instante, un estruendoso ¡sorpresa! inundó el local y mis oídos. Se encendieron varios focos de colores, la barra del local se iluminó de blanco y empezó a sonar el *Cumpleaños feliz* de Parchís. Me llevé las manos a la boca. ¡Había mucha gente! De la nada apareció Noe y se abrazó a mí con fuerza.

—¡Felicidades, nena! —gritó—. ¡Eres mayor de edad! Ya era hora de que una de nosotras lo fuera para poder comprar tabaco y alcohol sin tener que ir a la cárcel.

—Jajaja... Me alegro de que mi mayoría de edad te sirva para algo.

—Ya me conoces, siempre pensando en lo positivo de las cosas.

Se echó hacia atrás para mirarme de arriba abajo.

—Pero, nena..., ¡estás espectacular! Te han sentado estupendamente los dieciocho años.

—Espectacular no sé, pero nerviosa un montón.

Poco a poco empezaron a felicitarme todos los invitados; sobre todo eran compañeros del instituto. Pero, gracias a mis amigas, ninguno de ellos era Mora. Cuando una compañera estaba terminando de felicitarme, alguien me habló por detrás.

— ¿Puedo felicitar a la cumpleañera?

Me di la vuelta ante una voz que reconocí al instante.

— ¡Hugo! ¿Qué haces aquí? — Le abracé.

— Si quieres me voy... — bromeó.

— ¡No, no! ¡Me hace muchísima ilusión que hayas venido!

— Hugo no es un invitado normal — dijo Noe—. Él ha preparado todo esto.

— ¿Cómo?

— Le pedimos ayuda, como buen organizador de fiestas que es, y nos encontró este local. Ha contratado a un camarero... y se ha encargado de todo.

— Pero..., Hugo, no sé qué decir... ¡Gracias!

— No me las des; tómatelo como un regalo de cumpleaños.

Volví a abrazarle con fuerza. El inicio había sido perfecto. ¿Qué más podía pedir?

— Ven, que te vamos a enseñar una cosa — me dijeron mis amigas.

Me llevaron de la mano hacia el centro del local, cuya pared estaba presidida por un número dieciocho realizado con muchísimas fotos; había instantáneas de las tres desde que nos conocimos, otras eran de cuando yo era pequeña, de viajes, de cumpleaños, de vacaciones..., en fin, de recuerdos.

— Pero, chicas... — Se me humedecieron los ojos—. Yo... no sé qué decir.

— ¡Solo abrázanos! — propuso Cloe.

Y eso hice, abrazarlas con fuerza. Era un regalo precioso ver tus dieciocho años en forma de imágenes, con dos de las personas más importantes de mi vida.

Al final del local había un par de mesas con canapés salados y otra llena de dulces, con *cupcakes*, *minicupcakes*, *cookies* de chocolate negro y blanco, *minidónuts*... y unas galletas en forma de unicornio que me llegaron al alma.

— ¡Galletas de unicornio! — aplaudí.

Mis amigas dieron saltitos en el sitio, igual de emocionadas que yo. ¿Podía ser más perfecto? Una mesa auxiliar más pequeña acogía un montón de chuches (regalices, nubes, fresas, besos, piruletas...). En todas ellas había una pizarrita donde ponía qué era cada alimento.

Estaba totalmente impresionada por el despliegue. No me podía creer que todo esto fuera por mí. Me sentía muy afortunada por tener las amigas que tenía; me hacían sentir muy especial y valorada.



Nos fuimos directas a la barra a pedirnos algo para comenzar la fiesta y el camarero, de entrada, nos puso unos chupitos a los que bautizó como unicornias. No podía ser de otro modo. Eran muy visuales, con una mezcla de muchos colores en ese pequeño vaso que nos preparó.

—Por ti —brindaron mis amigas a la vez.

—Y por vosotras, por estar en mi vida —respondí.

Chocamos los vasos y después nos bebimos el líquido de un tirón. Cerré los ojos con fuerza al tragármelo; era más fuerte de lo que parecía en un principio (creo que si me hubiera bebido una copa de alcohol de noventa y seis grados, me habría sabido más suave). ¿Qué coño llevarían estas bebidas para hacer que el estómago girara trescientos sesenta grados, diera tres volteretas y volviera a su posición normal en el mismo segundo?

Nos pusimos a bailar divertidas. Me había bebido ya una copa y algún que otro chupito más, fuertes como la absenta, y la verdad es que me encontraba superbién. Estuve charlando con varios de los invitados y me gustó lo bien que habían elegido mis amigas a los asistentes; justo los que yo quería.

Llevábamos un rato bailando cuando me acerqué a la mesa de las golosinas; me apetecía un montón algo dulce. Tenía calor, y la verdad era que salir del centro de la pista fue algo que agradecí. Estaba eligiendo entre una nube o un regaliz cuando escuché una voz detrás de mí.

—¿Llego tarde para felicitar a la chica del cumpleaños?

Me di la vuelta con rapidez y allí estaba él.

—¡Gael! —grité mientras me abalanzaba para abrazarle con ganas.

—Felicidades, preciosa.

Me separé para verle de cuerpo entero. Estaba tremendo. Llevaba unos pantalones vaqueros, con algún que otro roto provocado, y una camisa de vestir

negra. Madre mía, estaba para comérselo. Uf, el alcohol estaba haciendo ya de las suyas en mi cabeza.

—Pero ¿no estabas de viaje de trabajo?

—¿Realmente crees que me perdería tu cumpleaños? —sonrió.

—Yo no te dije...

—Noe me llamó. Me dijo que si me apetecía venir y le respondí que encantado.

—Si ayer mismo me contaste que...

—Sé lo que te dije. Una pequeña mentirijilla, nada más. ¿Hubieras preferido que te lo contara? Yo no, porque me habría perdido esa cara de sorpresa y probablemente ese pedazo de abrazo que me acabas de dar.

Me ruboricé al escucharlo. Era cierto que, si hubiera sabido que venía, habría estado tan nerviosa que cuando le hubiera visto llegar probablemente me habría escondido debajo de la mesa de los canapés.

—Visto así..., prefiero la sorpresa. —Alcé las cejas.

—Oye —carraspeó—, estás espectacular. Qué bien te han sentado los dieciocho años, ¿no?

—No me digas eso, que me da vergüenza.

—¿Vergüenza a ti?

—¡Sí!

—Ya, seguro.

Nos miramos con una intensidad tan brutal que hasta me asusté.

—Bueno, ¿me acompañas a la barra a pedirme una copa? —me preguntó Gael.

—Sí, claro, vamos.

Ya en la barra se pidió un *gin-tonic* y yo preferí un Malibú con piña. Nos quedamos allí charlando un rato, con un tonto tan evidente que solo faltaba que el camarero empezara a tocar el violín. O eso o que nos pusiera sobre la mesa la llave de una habitación de hotel, además de unos cuantos condones. Vamos, que era más que evidente.

—Me alegro mucho de que hayas venido —me sinceré, tras una caída de pestañas a lo Greta Garbo.

—¿Sí? Y yo me alegro de que tú te alegres.

—¿Me estás vacilando?

Intenté darle un pequeño golpe en el pecho, pero él fue más rápido y no solo lo frenó, sino que me cogió la mano y ya no me la soltó.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—Sí, antes. Pero me gusta oírlo.

—¿Sí? Puedo llegar a ser muy pesado.

—Tengo mucho aguante.

— ¿Para todo?

— No es de señoritas desvelar todos nuestros secretos en la primera cita.

— Entonces, ¿esto es una cita?

— No lo sé, ¿lo es?

— Puede...

Seguíamos cogidos de la mano como si nada y nuestros cuerpos cada vez estaban más próximos, tanto que se acercó a susurrarme al oído.

— Te he traído un regalo.

— Hum..., ¿sí?

— Sí.

— ¿Y qué es?

— ¿Quieres que te lo dé ya?

— Claro.

Se separó de mí para sacarse algo del bolsillo. Una pequeña caja alargada de terciopelo negro apareció ante mis ojos. Le miré incrédula.

— Ábrelo, ¿no?

Cogí la caja con algo de temblor. Antes de abrirla, volví a mirarle. Él hacía lo mismo, con una sonrisa que me derritió. Finalmente la abrí; dentro había una pulsera de color plata, extendida, de la que colgaba un pequeño abalorio en forma de N. Abrí los ojos como platos, alcé las cejas y le miré sorprendida. A ver, pero este chico ¿de dónde había salido? ¿Lo habían creado unos extraterrestres para ponérmelo delante y que babeara como un caracol cada vez que lo miraba? Porque no podía ser real. Guapo, trabajador, cariñoso, detallista... Tranquila, Naira, que como pase de ti, la hostia puede ser tremenda.

— Pero no tenías que... — dije.

— ¿Te gusta? — me interrumpió.

— Me encanta, Gael. Yo...

— ¿Sabes qué? Me gusta mucho escuchar mi nombre en tu voz.

Su gesto se tornó más serio. Se fue acercando a mí despacio, pero con una lentitud tan sensual que las pulsaciones se me aceleraron en segundos.

Cada vez lo tenía más cerca.

— ¿Sí? — susurré.

— Sí.

— Puedo repetirlo.

— Hazlo.

— Gael...

Y llegó lo que tenía que llegar. Posó sus labios sobre los míos con una delicadeza absoluta, pero en pocos segundos ese íntimo beso se volvió más sexual y feroz. Me puso las manos en las caderas y me atrajo hacia él. Yo le envolví el cuello con los brazos, al tiempo que presionaba más su boca con la mía. Qué bien

olía, qué bien besaba... Su experta manera de hacerlo me estaba provocando un cosquilleo en todo el cuerpo que era difícil de controlar. No quería que ese beso terminara nunca. Señores extraterrestres creadores de semejante pibón, ¡también besa bien! ¡Un nueve para vosotros! No os doy un diez porque aún no sé cómo lo hace..., quiero decir..., bueno, ya me entendéis, ¿no?

Probablemente ya tendríamos a la mitad de los invitados cuchicheando sobre lo que estaba pasando, pero en ese momento me daba igual. Solo quería seguir disfrutando de sus besos.

Nos separamos despacio y me sorprendió con una risita y un beso en la punta de la nariz. Sonreí sin saber qué decir; la única certeza que tenía es que, en unos segundos, se había caldeado el ambiente como nunca antes en mi vida.

Me cogió las dos manos y me preguntó:

—¿Te ha gustado la pulsera, entonces?

—¿Tú que crees?

—A ver, si lo que acaba de pasar ha sido de agradecimiento, creo que te ha gustado y mucho.

—¿Me la pones?

—¿El qué? —bromeó.

—¡La pulsera! Qué va a ser...

—No sé... Como dices que te la ponga..., yo pregunto por si acaso.

Saqué el regalo de la caja y, con sumo cuidado, me la abroché. Moví la muñeca para ver la pulsera desde todas las perspectivas.

—Es preciosa.

—No más que tú.

Y me dio de nuevo un suave beso mientras me cogía el rostro con las dos manos.

—¡Ey, Gael! ¡Qué pasa, tío!

Gael se separó de mí al escuchar que le llamaban.

—¡Coño, Hugo! —Y chocaron las manos—. ¿Qué tal?

—¡Bien! ¿Cuándo has llegado? No te he visto entrar.

—He llegado hace relativamente poco tiempo —respondió mientras me ponía la mano en la espalda.

—Gracias por preparar todo esto, Hugo —le agradecí de nuevo.

—No me las des otra vez. Ya te he dicho que te lo tomes como un regalo de cumpleaños.

Mis amigas se acercaron también con Raúl, el novio de Cloe, y todos brindamos por mi cumpleaños.



Mis amigas me secuestraron literalmente y me encerraron en uno de los baños para que les contara con pelos y señales todo lo que había pasado con Gael. Noe, con la delicadeza que la caracterizaba, me preguntó si le había tocado el paquete, si él me había sobado alguna teta..., vamos, lo normal.

—¡Pero cuenta! ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? —insistía Cloe.

—¡Pues ni yo misma lo sé! Estábamos tomando una copa, me regaló una pulsera y, de repente, ¡estábamos besándonos como locos! No lo sé...

—¿Y qué tal? ¿Besa bien? —preguntó Noe.

—Uf, besa demasiado bien —suspiré.

—Vamos, que estás más caliente que las brasas de una chimenea, ¿no?

—¡Noe! —me quejé entre risas.

—¿Qué? A ver, que es normal. Si desde fuera se ha visto que lo habéis dado todo. No me quiero imaginar lo que habrá sido sentirlo...

—La verdad es que no sé ni cómo describíroslo. Cuando he cerrado los ojos y he sentido que sus manos me recorrían la espalda, casi me da algo. He notado tal cosquilleo por todo el cuerpo que ¡me temblaban hasta las pestañas! Joder, qué bien ha estado. Todavía me tiemblan las piernas.

—Y entre ellas —bromeó Noe.

—¡Pues mira, sí! ¡Y entre ellas! ¡No te lo voy a negar!

Las tres nos carcajamos a la vez.

—Bueno, y ¿ahora, qué? —preguntó Cloe.

—¿Ahora? Lo único que sé es que me voy a morir de vergüenza al verle cuando salga del baño y no sé cómo voy a reaccionar.

—Pues venga, vamos a verlo. Solo déjate llevar, nena. Y, de paso, voy a ver si como algo, que como siga bebiendo, no sé cómo voy a llegar a casa.

—Noe, hoy duermo en tu casa, ¿lo has olvidado? —le recordé.

—No, no..., no lo he olvidado. Lo mismo me tienes que llevar en brazos — bromeó.

—Sí, claro, no tengo otra cosa que hacer. Y la muleta haciendo equilibrios sobre la cabeza, ¿no? —Le saqué la lengua.

—Menos mal que mi madre no va a estar y que estamos solas, que si no...

Fuimos de nuevo a la pista y vi que Gael, Hugo y Raúl hablaban tranquilos en la barra. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¡Qué nervios! ¿Cómo tenía que actuar ahora? Debería existir un manual para salir airoso de estas situaciones y poder consultarlo cuando fuera necesario.

Cloe se acercó directamente a Raúl y le dio un pequeño beso en los labios. Noe se fue a bailar con un chico del instituto y yo, detrás de Cloe, me coloqué al lado de Gael. Al verme, me cogió de la cintura y me dio un beso detrás de la oreja que me hizo cosquillas.

—Te he echado de menos —susurró.

Sonreí con ese comentario. Me acerqué a él y apoyé la cabeza en su hombro. Cloe alzó las cejas y me guiñó un ojo, gesto al que correspondí.

La fiesta siguió. Gael fue superromántico conmigo y muy atento. No me podía creer que esto estuviera pasando. Noe terminó enrollándose con un compañero del instituto, como era previsible, pero una de las veces la cogí por banda y le dije que dejara de beber porque al final acabaría mal la noche.

—Bueno..., te haré caso, pero solo porque estoy a tope con Javier y quiero acordarme mañana de lo que he hecho —bromeó.

Yo no es que no hubiera bebido nada, pero menos que ella, seguro. Cloe me dijo que a las dos había que dejar el local, ya que estaba contratado hasta esa hora, y que Hugo se encargaba de todo lo demás una vez se cerrara.

—Pero... y ¿para limpiar todo esto? —le pregunté.

—No te preocupes por nada; está todo arreglado. Hugo cierra, coge las llaves y se las devuelve al dueño.

—¡Jo! Estoy supercontenta, Cloe. ¡Qué pedazo de cumpleaños me habéis preparado!

Y la abracé con fuerza.

—Una mayoría de edad no merecía una celebración menor.

—Aunque Noe creo que también lo está disfrutando. —Nos reímos al verla besándose con Javier contra una pared, sentada en un taburete y con la muleta al lado.

—¡Ya te digo!

No había pasado mucho tiempo cuando Hugo le dijo algo a Gael al oído y él se acercó a mí.

—Voy un segundo fuera a fumarme un cigarro y a hablar con Hugo. Ahora vengo.

Asentí con una sonrisa y, antes de irse, me cogió la cara con las dos manos y me besó.

¡Uf! ¡Qué sensación más bonita! Sentir que estás con alguien y que te cuida así. No como el gilipollas de Mora, que me trató de aquella manera. Cuánto me alegraba de que no estuviera aquí y que mis amigas no lo hubieran invitado. Al fin y al cabo, ellas no sabían la gravedad de lo que había pasado y podrían haberle dicho perfectamente, sin mala intención, que se pasara un rato.

Estaba bailando con Cloe la canción *La bicicleta*, de Shakira y Carlos Vives, cuando noté que alguien me abrazaba por detrás y me daba un dulce beso en el cuello mientras se movía conmigo al compás de la música. Me sentí tan bien... Qué cosquillas notaba en el estómago al notar sus manos en el vientre. Puse las mías sobre las suyas y me dejé llevar. Nunca en la vida me había sentido así, aunque tampoco había tenido jamás algo con un chico. Con alguien normal, quiero decir. Sentía como que estaba levitando y que en cualquier momento me despertaría de un sueño. Del mejor sueño de mi vida.

Cloe y Noe desaparecieron de mi vista, y un par de minutos después se apagaron las luces del local y, desde el fondo, salieron llevando una tarta con velas encendidas, a la vez que la gente empezaba a cantarme el cumpleaños feliz.

Me puse las manos en la boca a causa de la sorpresa. Según se acercaban, me asombré aún más cuando vi que la tarta ¡era un unicornio! ¡Nuestro unicornio de colores! Hasta se me humedecieron los ojos. ¡Habían pensado en todo! Tenía tanta suerte de tenerlas como amigas... Vale que podíamos parecer unas chifladas amantes de los unicornios de colores, pero éramos unas chaladas felices.

Pensé en un deseo y soplé con todas mis fuerzas para apagar las dos velas del uno y el ocho. Todos aplaudieron y las luces volvieron a encenderse. Dejaron la tarta en la barra y las tres nos abrazamos. Me pusieron una diadema de la que salía un pequeño cuerno multicolor y dos orejas de unicornio. Ellas hicieron lo mismo y nos reímos al vernos coronadas como tres unicornias. Esas éramos nosotras, esa era nuestra esencia y nuestra insignia.

Era alrededor de la una cuando la gente comenzó a despedirse de mí. Aún quedaba una hora; no entendía por qué se marchaban ya si aún podíamos disfrutar del local un rato más. Cloe y Raúl vinieron a despedirse.

—Pero ¿ya os vais? —pregunté extrañada.

—Sí. Nos vamos al hotel de Raúl a dormir.

—¿Sí? —Alcé las cejas—. Seguro que vas a dormir mucho, listilla —vacilé.

—Se hará lo que se pueda —sonrió.

Después vino Noe con Javier a decirme también adiós.

—Pero ¿tú también te vas? —pregunté.

—Sí, nena. Creo que Javier y yo tenemos algo que hacer...

—Pero...

—Hija mía, una, que tiene necesidades. Qué le vamos a hacer... —Me guiñó un ojo.

—Ten cuidado con el pie.

—Síííí. Mi casa está cerca, así que tranquila. Luego ya, si eso, le dejo que me meta en la cama y me arroje.

—¿En tu casa? ¿Y luego cómo entro yo?

—Tú no te preocupes. Me llamas al móvil y listo. De todas maneras, no te agobies; algo me dice que tú llegarás a casa cuando Javier se haya marchado.

La miré sin saber a qué se refería. Bendita inocencia.

—Tú quédate hasta que se vaya toda la gente, como buena anfitriona. —Me abrazó.

—Muchas gracias por todo, mi niña. No sé cómo os voy a agradecer que hayáis hecho todo esto por mí.

—Pues mira, lo primero que puedes hacer es tardar un poco en venir a mi casa para dejar que me trinque a Javi sin prisas.

Solté una carcajada.

—Serás...

—Lo sé, lo sé... No me lo digas.

Y volvimos a darnos un fuerte abrazo antes de que ambos se marcharan. Todos fueron saliendo, hasta que en el local solo quedamos Hugo, Gael y yo.

—Bueno, pues yo también me despido —dijo Hugo.

—Espera, que tengo que coger los regalos —dije apurada al ver que tenía tanta prisa por irse.

—Tranquila, cerrad luego vosotros. Mañana ya me dará Gael las llaves.

—¿Cómo? —Miré a Gael, que estaba sentado en un taburete en la barra.

—Dame un abrazo, anda —dijo Hugo—. Espero que hayas disfrutado de la celebración.

Le correspondí el gesto y le agradecí todo lo que había hecho para que mi cumpleaños fuera tan especial. Gael lo acompañó hasta la puerta para cerrar con llave en cuanto saliera y que así no entrara nadie más. El estómago se me cerró al verle echar el cerrojo y, por un momento, me entró el pánico. De repente, verme encerrada con Gael en el local me provocó mucha angustia. ¿Y si me hacía lo mismo que Mora? Por mucho que gritara, nadie me oiría. Y si quería escapar, no podría porque estaba cerrado con llave.

—Por fin solos —dijo mientras se acercaba a mí con media sonrisa.

Yo confiaba en Gael, pero tenía miedo. Debió de notármelo, porque su gesto cambió.

—Naira, ¿estás bien?

Tenía que salir de allí; empezaba a sentir como claustrofobia. Hasta me costaba que el aire me llegara a los pulmones.

—Creo que necesito tomar un poco el aire. Estoy un poco mareada.

—Claro. Vamos.

Gael abrió la puerta y salimos a la calle. Verme rodeada de gente me alivió, y que Gael no me dejara encerrada, también.

—¿Mejor? —preguntó preocupado.

—Sí, gracias.

—Espera, te traeré un refresco o algo.

—No, tranquilo. Estoy mejor.

—¿Seguro?

—Sí.

—Si quieres te llevo a casa de Noe y ya me encargo yo de todo esto.

Escucharle decir eso también hizo que me sintiera mejor, porque no parecía que quisiera meterme dentro del local a toda costa y encerrarme. Joder, ojalá pudiera contarle lo que me había pasado para que pudiera entender por qué me comportaba así. Pero no, no debía hacerlo o habría represalias contra mí.

Creo que estuvimos fuera unos quince minutos, hasta que me vi un poco más preparada para entrar de nuevo. Cuando lo hicimos, Gael volvió a sacar las llaves del bolsillo para cerrar. Estábamos en una zona de locales nocturnos y no quería que se nos colara alguien y tuviéramos algún problema, justificó.

—Gael, ¿te importa que me quede yo con las llaves?

—No, claro, toma. —Me miró extrañado.

—Por favor, no preguntes —suspiré—; es complicado.

Asintió y se acercó a darme un abrazo.

—¿Estás bien?

—Sí, ahora sí.



Gael me llevó hacia la barra, se metió detrás y yo me senté en una de las sillas altas. Qué sexi estaba. Vi como empezaba a preparar un par de chupitos y sonreí al verle la intención.

— ¿No me digas que también eres camarero? —bromeé.

Sonrió mientras vertía un líquido verde en el pequeño vaso.

—Hoy para ti soy lo que quieras.

¡Uf, qué morbo, madre mía! Como siguiera poniendo esas caras y esos morritos, saltaría la barra y me lanzaría de cabeza a su boca. ¿Loca? Sí, un poco. Pero es que esto no había libido que lo aguantara.

Cuando terminó de prepararlos, los colocó en la barra cerca de mí y salió para ponerse a mi lado.

— ¿Brindamos? —preguntó tendiéndome uno.

—Claro. ¿Por qué quieres que brindemos?

—Por ti.

— ¿Por mí?

—Sí. Por haber sido una fisgona y haberte metido, sin permiso, en el baño de aquella discoteca.

Me reí con ganas.

—Y a ti por haber entrado —apunté.

Chocamos ambos vasitos y los bebimos del tirón, sin dejar de mantenernos la mirada. No hubo que decir nada más. Apenas dejó su vaso, cogió el mío y lo depositó junto al suyo. Se fue a la cabina de la música y empezó a sonar *More than words*.

Se acercó despacio a mí y, una vez estuvo enfrente, me tendió la mano. Sonreí y puse la mía en la suya. Me levanté y me llevó al centro de la pista. Me rodeó con los brazos y yo coloqué los míos en su nuca. Apoyé la cabeza en su

hombro y empezamos a balancearnos al ritmo suave de la música. Qué momento. Cerré los ojos y me dejé llevar. Como decía la canción, esto eran más que palabras. En ese instante sobaban; éramos él y yo, solos, y no existía nada más a nuestro alrededor. Ojalá pudiera haber parado el tiempo en ese momento para poder convertirlo en eterno.

Cuando la canción terminó, comenzó a sonar *Everything I do, I do it for you*, de Bryan Adams. Levanté la cabeza de su hombro y nos miramos. Gael medio sonrió; yo hice lo mismo. Me miró los labios para luego fijar la vista en mis ojos y me besó. Despacio, con serenidad, nada agresivo; todo lo contrario. Me mordió con suavidad el labio inferior y yo sonreí. Hasta que me introdujo la lengua para inundar mi boca de su esencia. Noté un escalofrío por todo el cuerpo debido a la intimidad de ese momento, mientras bailábamos y nos besábamos sin preocuparnos de nada más.

No tenía nada que ver con los besos que Mora me dio, ni la manera ni el sentimiento. Lo que él me hizo fue cruel, duro y sin remordimientos. Lo que Gael me estaba transmitiendo con cada beso no era ni parecido a lo que sentí con ese impresentable.

Volvimos a mirarnos, con la respiración acelerada, mientras sonaba Adele.

—Como no paremos, no sé qué va a pasar aquí —susurró con burla.

Me reí.

—¿Quieres que nos tomemos algo aquí antes de irnos? —pregunté.

—Vale. A ver si algo frío me relaja.

—Jajaja... Venga, yo lo preparo. Voy a ejercer de camarera por primera vez en mi vida; no me lo tomes en cuenta.

Me acerqué a la barra y empezamos a fingir que yo era camarera y él un cliente.

—Buenas noches, ¿qué le pongo? —dije solícita.

—Joder, no me hagas esa pregunta ahora... —Resopló—. Sabes perfectamente cómo me pones.

—¡Oye! —me reí.

—Vale, vale, perdona. —Levantó las manos—. Venga, va. ¿Me podría poner un *gin-tonic*, por favor?

—Perfecto. ¿Qué se pone primero? —Me rasqué la nuca.

Gael se carcajeó.

—¿Puedo? —preguntó haciendo un gesto pidiendo permiso para entrar tras la barra.

—Adelante.

Nos pusimos un par de copas entre risas, mucho tonto y algún que otro beso. Nos sentamos para tomárnoslas y hablamos sobre cómo se había gestado esto del cumpleaños. El caso fue que Noe localizó el teléfono de Hugo y, a través

de él, consiguió el suyo. También me dijo que su padre se enfadó un poco por que adelantara su vuelta. Pero que prefería estar aquí que yendo de reunión en reunión con gente muy aburrida.

Eran las dos menos diez cuando cogimos los regalos y los llevamos a su coche. Los abriría con calma al día siguiente en casa de Noe. Ahora prefería disfrutar de la compañía de Gael. Justo estábamos abriendo la puerta del local ya para irnos después de haber sacado todo, cuando volvió a cerrarla y se dio la vuelta.

—Joder, no quiero irme. No quiero que la noche acabe nunca.

Y me cogió de la cintura.

Sonreí y me emocionó mucho que dijera eso. Me sentía como en un sueño del que no quería despertar.

—Pues si no nos vamos, creo que nos van a denunciar por allanamiento.

—Vaya... —dijo besándome el cuello—, pues entonces lo mismo sí que tenemos que marcharnos.

—Pero que sepas que yo también me quedaría...

Me acompañó a casa de Noe con el coche para llevar los regalos. Una vez llegamos, y aprovechando la buena temperatura, dimos un paseo, que agradecí, para que me diera un poco el aire y el alcohol bajara del cuerpo. Caminamos de la mano. Si este había sido mi regalo de cumpleaños de parte de los extraterrestres que habían creado a Gael, les debía una, y muy gorda.

Ya en el portal, me abrazó con fuerza.

—Cuánto me alegro de haber venido —susurró.

—Y yo de que lo hayas hecho —respondí.

—¿Sí?

—Sí.

—No te creas, que cuando volvía de nuevo a Madrid, tuve mis dudas.

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre si te apetecía que viniera.

—¿Cómo no me iba a apetecer?

—No sé..., tampoco nos conocemos desde hace mucho. Déjalo, paranoias mías.

—Gael, después del día del accidente de Noe, me demostraste ser un tío de los pies a la cabeza, y sí, reconozco que tenía ganas de volver a verte.

—Yo también. También creo que soy un tío de los pies a la cabeza —bromeó con gesto serio.

—¡Venga ya! —me reí, dándole un suave golpe en el pecho.

—No, en serio. También tenía muchas ganas de verte.

Me estaba sorprendiendo a mí misma al verme tan suelta con él. Yo siempre había sido muy tímida. Jamás había tenido pareja, y lo más parecido a ella había

sido el impresentable de Mora, y no sé si eso que viví con él se puede considerar una relación.

Era como si de la noche a la mañana me hubiera convertido en una chica experta en coqueteo o en disfrutar con un chico. Gozaba con sus piropos, sus miradas y su forma de tratarme.

—Vete a casa; estarás cansado del viaje —dije sin dejar de abrazarlo por la nuca.

—No te preocupes; mi cama puede esperar. —Y me volvió a besar.

Creo que estuvimos unos diez minutos dándonos besos sin mediar palabra. Un rato más y hubiéramos acabado asfixiados; casi no cogíamos ni aire de la pasión que le estábamos poniendo al momento.

—Bueno, creo que me voy a subir ya —dije con cierta pena.

—¿Te ayudo a subir los regalos?

—Si quieres...

—Claro, vamos.

—Espera que llame a Noe para que me abra la puerta.

Solo necesité una llamada para se abriera como por arte de magia.

Subimos los paquetes de una vez. Eran muchos, pero no muy grandes, así que con bolsas los apañamos todos. Volví a bajar para acompañarle al portal y nos besamos de nuevo como si el mundo se fuera a acabar. Además, ¿quién me aseguraba a mí que no iba a ser así? A disfrutar entonces, ¿no?

Después se marchó y yo subí a casa de mi amiga casi levitando. Si el día en que conocí a Gael al meterme en el baño de su despacho me hubieran dicho que iba a acabar liándome con él en la fiesta de mi dieciocho cumpleaños, le hubiera preguntado a esa persona qué se había fumado. ¡Ese día los dos nos habíamos matado con la mirada!



Los dos días siguientes no vi a Gael, pero nos escribimos constantemente con la idea de vernos pronto. Y qué mejor forma de reencontrarnos que en mi primer día de trabajo en su tienda. Había tenido que adelantar mi incorporación por la baja inesperada de uno de sus empleados.

Nos habíamos visto por última vez el jueves, el día de mi cumpleaños, y él tuvo que recuperar las horas de trabajo perdidas al decidir volverse antes. Así que el fin de semana no nos vimos. Además, yo el sábado tenía una comida familiar con mis padres que, al final, se convirtió en una comida-cine-cena. Todo el día juntos.

Nos mandábamos mensajes sin hablar directamente de lo que había pasado entre nosotros, pero dejando entrever que había algo más fuerte que una simple amistad. Pero seamos realistas: iba a ser mi jefe. Tampoco podía poner el listón tan alto, ¿no? ¿Mi primer trabajo y mi primer novio en la misma frase? Madre mía, Naira, o te pasas o no llegas. ¿No podías haberlo hecho todo por partes? Pues no, a la vez y mezclando trabajo y placer. Toma ya.

Tenía que llevar unos pantalones negros y una camiseta blanca con el logo de la empresa. Aún no tenía el uniforme, pero Gael me dijo que con que llevara unos pantalones negros, la camiseta la tendría preparada allí para cuando llegara. El resto del uniforme me lo traerían en un par de días. La rapidez de mi incorporación había hecho que no hubiera dado tiempo a todo.

Mis padres seguían sin estar muy convencidos de que yo comenzara a trabajar, pero a mí me apetecía ganar algo de dinero para mis gastos y así no tener que pedirselo a ellos. Pronto me apuntaría a la autoescuela para sacarme el carné de conducir y no era nada barato. Así que, con esos y otros argumentos, acabé convenciéndoles de que era buena idea ponerme a trabajar en verano.

Salí de casa muy nerviosa; me iba a reencontrar con Gael después de que

nos enrolláramos el día de mi cumpleaños y no sabía muy bien cómo actuar al verle. ¡Lo que hubiera dado por tener una bola de cristal y poder predecir el futuro para saber qué haría él cuando yo me incorporara a mi primer día de trabajo...!

Cogí el autobús y en apenas diez minutos estaba entrando en el centro comercial donde se encontraba la tienda. Y allí estaba. Le vi de lejos; yo subía por las escaleras mecánicas mientras él miraba algo del escaparate. Después le perdí al verle entrar.

Me temblaban hasta las pestañas según me iba acercando. Si en ese momento me hubieran tomado las pulsaciones, habría reventado el pulsómetro. Miré el reloj: faltaban veinte minutos para mi hora de entrada, pero me gustaba ser bastante puntual, así que no me suponía ningún problema llegar un poco antes, y si era el primer día, mucho mejor. Y joder, que me moría de ganas por verle; no vamos a ser tan cínicas de no reconocerlo.

Tragué saliva y entré con decisión. Al oír mis pasos, Gael se dio la vuelta; estaba colocando unos jerséis en la estantería. Automáticamente sonrió. Y yo hice lo mismo. «Tierra, trágame», pensé, cada día está más bueno. Me quedé parada en la entrada de la tienda y él dejó lo que estaba haciendo para acercarse a mí con el mismo gesto y paso decidido.

—Hola, Naira.

Y me dio dos besos. ¿Dos besos? Yo me esperaba un pico o algo así. Se me acababa de caer el mundo a los pies. Qué digo el mundo, ¡toda la Vía Láctea! A ver, no es que pensara que nada más llegar iba a empotrarme contra el mostrador y hacerme todo lo que nunca antes me habían hecho, pero bueno, sí fantaseaba con la idea de que seríamos pareja, o al menos eso era lo que había percibido en los mensajes que estuvimos intercambiando. Vamos, no me jodas, ¡qué ilusa había sido! Si es que siempre me pasaba lo mismo. ¿No aprenderé nunca la lección?

Debió de notar la cara de gilipollas que se me quedó ante tal decepción, pero lo disimuló muy bien, porque no dejó de sonreír.

—Hola, Gael.

—Es pronto aún, ¿no? —preguntó mientras giraba la muñeca para ver la hora en su reloj.

—Sí, faltan unos veinte minutos, pero no me gusta llegar tarde.

—Por mí está genial. Voy al almacén a traerte la camiseta que tienes que llevar, ¿vale?

—Claro. Aquí te espero.

Me quedé allí plantada como una zanahoria mientras esperaba que volviera y pensando que tenía que espabilar en la vida o esta me daría más disgustos que alegrías. Nota mental: «voy a tener que dejar de ver esas películas tan románticas en las que todo es tan bonito, porque la vida real no se parece en nada y acabo picando como una novata. Aunque he de decir que algo novata soy, así que pico

como lo que soy».

Gael salió con una prenda en la mano y me la tendió.

—Aquí tienes. Si quieres, cámbiate en el despacho.

—Genial. Ahora vengo.

—No tengas prisa; tienes casi veinte minutos aún para cambiarte. —Guiñó un ojo.

«No me lo guiñes, no me guiñes nada porque me desarmas, y así vamos mal.» Lo mismo hasta me venía bien esto, porque estar liada con el jefe no quedaba muy bien. Pero, seamos sinceras, si semejante pibón como lo era Gael, tanto en cuerpo como en forma de ser, te metía la lengua hasta la campanilla, se mostraba tan atento como lo hizo y te obsequiaba con las frases y los abrazos que me regaló, era para quedarte colgada de él de por vida. Y más teniendo en cuenta mi poca experiencia.

Pero bueno, debía cambiar el chip y agradecer su distancia; al fin y al cabo, íbamos a currar juntos y así se evitarían malentendidos.

Salí con la camiseta puesta y el sujetador *superwonderbra* debajo. No tenía mucho pecho —y cierto es que me gustaría tenerlo—, pero como de momento no entraba en mis planes operarme, ni pensaba que lo hiciera nunca, pues aprovechaba estas prendas que tanto me gustan y algo me favorecen.

Gael estaba en el mostrador terminando de cobrar a un chico joven que se llevaba una camiseta. Según le estaba dando la bolsa y las gracias al cliente, se dio la vuelta y me volvió a sonreír. Y que Dios me perdone, pero esa sonrisa no era solo de «qué guapa estás», sino que proyectaba muchísimo más. Pero bueno, mientras él no diera un paso más, yo no iba a darlo. No quería forzar nada.

—Te queda muy bien —me dijo.

—¿Sí? Gracias —respondí mirando la camiseta y alisándola con las manos.

En ese instante, entró en la tienda una chica con dos cafés para llevar en la mano.

—¡Hola, Gael, cariño! Te traigo un cafecito para que la tarde no se te haga muy pesada.

La chica era morena, con el pelo muy largo, rizado y algo encrespado. Los labios muy rojos y los ojos pintados en tonos verdes. En mi opinión, algo exagerada. Entre ella y un pavo real no encontraba mucha diferencia. Entró pisando fuerte y con mucho desparpajo. Pasó delante de mí como un huracán —dejó el aroma a una colonia tan fuerte que casi me causa un colapso en la nariz— y se acercó directamente a la caja, donde se encontraba Gael.

Llevaba unos *leggings* negros y una camiseta rosa en la que, a la altura del pecho izquierdo, ponía «Peluquería Mechas». Vale, al menos sabía dónde trabajaba. Mientras, yo seguía quieta, observando la escena y un poco apabullada por semejante entrada.

—Gracias, Chari, no tendrías que haberte molestado.

—¡No me molesta y lo sabes, cariño!

¿Su voz era algo estridente o solo me lo parecía a mí? Es más, ¿estaba bebiendo café mientras mascaba chicle? «Venga, va, Naira, no juzgues sin conocer. Solo observa.»

—Mira, ella es Naira. Empieza hoy a trabajar aquí.

—Ah —dijo con un tono en el que noté algo de desdén—, hola. Yo soy Chari.

—Encantada —respondí dándole dos besos.

—¿Y el chico que estaba aquí antes? —preguntó a Gael dándome la espalda.

—De vacaciones.

—Ah —respondió mirándome de refilón de arriba abajo y alzando una ceja.

Le dio un trago al café y lo tiró a una papelera que tenía cerca. Después siguió mascando chicle de tal manera que parecía que estuviera a punto de desenchajarse la mandíbula.

—Bueno, pues te dejo ya, cariño, que tenemos lío en la peluquería. Mañana vuelvo.

—Gracias por el café.

—A ti, cariño. Adiós, Claudia.

—Naira —respondí enseguida.

—¿Cómo?

—Que me llamo Naira.

—Ay, sí, perdona. Es que os ponéis unos nombres tan raros que no hay quien se acuerde.

Alcé las cejas mientras la veía salir de la tienda, contoneándose de forma desmesurada.

—Menuda pieza —susurré.

—¿Has dicho algo? —preguntó Gael.

—¿Yo? Nada, nada.

Cuando nos quedamos solos, me explicó un poco mis funciones. Entre otras cosas, me pidió que observara el funcionamiento de la caja, aunque él cobraría ese día las ventas; al día siguiente me tocaría hacerlo a mí. Me explicó que no era una tienda donde se llegaran a juntar muchos clientes a la vez, así que debía estar tranquila. Que si tenía cualquier duda, se la preguntara y, sobre todo, que no estuviera nerviosa. Le dije que era la primera vez que trabajaba y que inevitablemente estaba inquieta, pero su respuesta fue rápida.

—Estoy seguro de que lo harás perfecto.



La tarde pasó rápido, y cuando me quise dar cuenta, estábamos empezando a recoger para cerrar. ¡Desconozco qué fuerza extrasensorial tendría Gael en el pantalón, que no podía evitar mirarle el culo cada vez que se daba la vuelta! ¡Juro que no era yo!

No sé si entraron en total unas diez personas, pero todas se llevaron algo. Hubo una señora mayor que quería hacer unos regalos a su familia y se dejó más de trescientos euros en los detalles.

También es verdad que, cuando me puse a mirar los precios de las prendas, vi que eran bastante altos. Luego Gael me explicó que la marca tenía mucha fama fuera de España y que ahora estaban empezando a abrirse mercado aquí. De ahí que no fuera un local donde la afluencia fuera masiva, pero sí que, por poco que se vendiera, los beneficios eran altos.

También me dijo que tenían una clientela medianamente fija que acudía varias veces todos los meses. Y así se aseguraban unos ingresos.

Gael se acercó a la puerta del local para echar el cierre. ¡Hala! Todos los músculos del brazo y la espalda marcados en la camisa. Joder, esto era un suplicio. Trabajar con estas vistas todos los días debía de ser insano, porque terminaría más salida que el pico de una mesa. Luego fue hacia la caja registradora, sacó todo el dinero y se dirigió al despacho.

—Ven, Naira.

Entramos y nos sentamos en el lado de la mesa donde me entrevistaron. Quedamos uno frente al otro y, mientras Gael echaba el cuerpo hacia atrás y cruzaba una pierna, me preguntó:

—Bueno, ¿qué tal tu primer día?

—Bien. Aunque un poco perdida, la verdad.

—Es normal. Pero es más fácil de lo que parece, te lo prometo.

—Jo, la mujer del sombrero se ha llevado media tienda.

—Sí —sonrió—, es una clienta habitual. Como te he dicho antes, mañana te enseñaré cómo funciona la caja registradora para que tú también puedas cobrar.

—¿Tan pronto?

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—Porque no hace tanto tiempo que me conoces y lo mismo un día puedo robarte todas las ganancias —bromeé.

—Confío en ti. Aunque he puesto cámaras en todas las partes de la tienda por si acaso.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces, buscaré los ángulos muertos —susurré.

—Mmm..., suena bien. ¿Sabes que los ángulos muertos dan para mucho?

—No tenía ni idea, pero estoy segura de que me puedes ilustrar.

Nos miramos con una sonrisa que nos decía a gritos que nos gustábamos. Pero no entendía por qué él se mostraba tan distante.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó.

—Tranquilo, cojo el bus.

—Sabes de sobra que no me importa. Cuadro la caja y nos vamos, ¿vale?

—Vale.

Lo sé, a este chico era imposible negarle algo; estaba segura de que, si me dijera que mañana mismo nos casamos, le diría que sí casi antes de terminar la frase. Estaba totalmente coladita por él, ¡qué le vamos a hacer! Y su lenguaje no verbal también me hacía ver que yo le gustaba. No sabía si mucho o poco, pero algo, sí. A lo largo de la tarde habíamos cruzado muchas miradas y roces no tan casuales como queríamos hacer ver.

Cerramos la tienda y nos dirigimos hacia el garaje; allí tenía aparcado el coche. Comenzamos el trayecto en silencio hasta que él lo rompió.

—¿Qué te ha parecido Chari? Arrasadora, ¿verdad? —sonrió.

—Bueno, yo no la definiría exactamente así, pero que ha llegado arrasando es cierto. —Y que me moría de celos por saber qué tipo de relación tenían, también lo era.

—Desde el pasado verano me trae todos los días un café por la tarde. Luego, cuando dejé de trabajar aquí, no volví a verla, y ahora que he vuelto, ha retomado su rutina.

—Ya... —asentí mientras miraba a través del cristal.

Me moría de ganas por preguntarle si se habían acostado o algo, pero me parecía un poco brusco para ser el primer día. Y, ante todo, no debía parecer desesperada.

No tardamos más de cinco minutos en llegar a mi casa. Aparcó el coche y se

bajó para acompañarme al portal. Nos quedamos de pie uno frente al otro, y Gael sacó un cigarrillo mientras yo buscaba las llaves de casa.

No se lo había encendido aún cuando de repente me cogió la cara con las manos y me besó con decisión. Su lengua se coló en mi boca, sin permiso, hasta invadirla por completo. Si no fuera porque sé que cuando el corazón deja de latir uno se muere, habría afirmado que se me había parado del sobresalto. Me quedé inmóvil, pero después me relajé y me dejé llevar. Sus manos me acariciaron la espalda, el trasero, la nuca..., hasta que terminó enredando los dedos en mi melena.

—Joder, qué ganas tenía de hacer esto —susurró cuando se separó mientras apoyaba su frente en la mía.

Yo no sabía ni qué responder ni a qué coño había venido eso. ¿Estábamos locos? Habíamos estado toda la tarde juntos y había pasado olímpicamente de mí, y ahora, de repente, me comía toda la boca. No entendía nada. Le miraba sin saber qué decir; notaba su jadeo y observaba sus labios hinchados por la fiereza del beso.

Antes de que pudiera pronunciar alguna palabra, Gael se separó y se disculpó.

—Lo siento, Naira, perdóname. —Se revolvió el pelo—. No quería..., bueno, qué cojones, claro que quería, pero no debía haberlo hecho. Lo siento.

—Yo... no sé qué decir. Me ha pillado un poco por sorpresa, pero... no te disculpes..., no pasa nada.

¡Claro que no pasaba nada! ¡Me moría por que volviera a hacerlo de nuevo!

Después de semejante beso, no era capaz ni de articular palabra.

—Mira, Naira. Puede que te suene algo contradictorio lo que te voy a decir, pero aunque quiero estar contigo, prefiero que no nos vean juntos.

Se me congeló el cuerpo. ¿Qué había querido decir con que prefería que no nos vieran juntos? Estaba flipando.

—Perdona —carraspeé—, pero creo que no te estoy entendiendo.

—Ya. Normal. Me he explicado fatal. Y por la cara que estás poniendo, creo que no he sido nada acertado con mis palabras. ¿Te parece que nos tomemos algo en el bar de aquí enfrente, el de la otra vez, y hablamos tranquilamente?

—No sé, es tarde...

—Dame cinco minutos, por favor. No me gustaría que la conversación se quedara así. —Y me cogió de las manos.

Dudé durante no más de un minuto y al final acepté.

—Pero espera, que aviso a mis padres por el telefonillo para decirles que estoy aquí abajo.

—Claro.

Después de avisarles, y tras el lenguaje velado y amenazador de mi padre, entramos en el local irlandés donde me había tomado algo por primera vez con él.

Nos pedimos un par de tercios y, sentados en unos taburetes altos, comenzó a hablar.

—Naira, me gustas. Y mucho. Pero no quiero que a mi padre le vayan con el cuento de que estoy liado con la nueva trabajadora de la tienda. Además, de cara al público, tampoco creo que sea una buena imagen.

—Así suena muy frío, ¿no? Tal y como lo cuentas, parece que te hubieras liado con la primera que te has cruzado.

—No, joder, Naira, no pienses eso.

—Es lo que me estás transmitiendo.

—Es que soy un puto desastre para explicarme a veces —dijo apurado mientras se tocaba la nuca.

Pero a ver, ¿este se creía que si estuviéramos juntos iba a estar tirándomelo en plena tienda cada cinco minutos, en plan que si entrara algún cliente decirle «perdona, ahora cuando acabemos te atendemos»? Estaba empezando a cabrearme la imagen que me hacía ver de mí. Así que atacué yo.

—No tienes que darme explicaciones; tú y yo no somos nada.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—¿Qué somos, Gael? —Estaba a la defensiva—. Solo nos dimos unos besos la otra noche y ya está, ¿no?

Me estaban doliendo de una manera atroz las palabras que, incontroladamente, estaban saliendo de mi boca. Pero tampoco me gustaba que pareciera que estaba desesperada por estar con él de nuevo.

—Naira, no me digas eso.

—¿El qué?

—Que fueron solo unos besos.

—¿Fue algo más?

—¿Tú crees que no? Mírame a los ojos y dime que lo que tú llamas «unos besos» no fueron nada para ti. Que no significaron nada. Venga, hazlo, y dejaremos de hablar del tema.

Tragué saliva y le mantuve la mirada, con una sensación de ahogo en el pecho que no podía controlar. Evidentemente, lo del otro día para mí había sido superespecial y no lo olvidaré en la vida. Pero no podía ser tan transparente y entregarme a él de primeras, como hice con Mora, y que tanto daño me causó.

—Gael, yo...

—Dilo.

—A ver...

—No puedes decirlo, ¿verdad?

—Es que estoy muy confundida.

—Yo quiero estar contigo. —Me cogió las manos—. Lo único es que me gustaría que en el trabajo nos mostráramos más distantes.

—Gael, mira, yo creo que lo mejor es que no compliquemos más las cosas. Dejémoslas como están. Y lo que surja, surgirá.

—¿Es que no te das cuenta de que ya ha surgido? —sentenció.

Di un largo trago a mi cerveza y, al dejarla, suspiré. ¿Había que acelerar tanto las cosas? ¿Era necesario que tomáramos una decisión ahora mismo? Me estaba empezando a sentir algo abrumada. Y lo que menos quería era que, si íbamos a trabajar juntos, estuviéramos mal.

En ese momento me sonó el teléfono. Ese *impasse* me sirvió para coger aire y volver a retomar la conversación. Era mi padre. Hablé con él un par de minutos y colgué.

—¿Todo bien? —preguntó Gael.

—Sí, pero me tengo que marchar ya.

—Entiendo.

Sacó la cartera y puso un billete de diez euros sobre la barra.

—Espera, que pago yo —dije buscando mi monedero en el bolso.

—No, otro día me invitas tú.

—Ya te debo unas cuantas, creo.

Volvimos al portal y regresó esa situación incómoda que me tenía el estómago encogido.

—Bueno, pues mañana nos vemos en el trabajo —dije.

—Sí —asintió algo decepcionado por la situación—. Naira, no quiero que me malinterpretes, de verdad.

—No lo he hecho.

—Yo siento que sí. Te propongo algo. ¿Qué te parece si mañana al salir del trabajo te invito a cenar y hablamos tranquilamente? Podemos cenar en mi casa; mis padres están fuera hasta la próxima semana. Compramos algo y nos lo comemos allí. Así podremos charlar sin interrupciones.

Me quedé blanca. ¿Que me vaya a cenar a su casa? ¿Solos? No, no, no. Seguro que Gael lo que quería era llevarme a la cama y, como nadie me escucharía gritar para salir de allí, lo podría hacer sin problemas.

—No sé, Gael.

—No me des una respuesta ahora. Dime que al menos lo pensarás —dijo mientras me cogía las manos.

Sonreí sin poder evitarlo mientras negaba con la cabeza. Era tan bueno, tan guapo..., tan todo. Mi gesto hizo que el suyo también se relajara e hiciera lo mismo.

Cogí aire y lo exhalé con suavidad.

—Está bien. Lo pensaré. Mañana te digo.

—Genial. Pues hasta mañana entonces. —Y me dio un beso en la mejilla más largo de lo normal, sin soltarme de las manos.

—Hasta mañana.

Y entré en el portal, nerviosa por su propuesta a la par que ilusionada por saber que yo le gustaba.



Por la mañana escribí a mis amigas y les propuse un aperitivo rápido en alguna terracita de la zona para contarles, con pelos y señales, todo lo que me había pasado con Gael. Su respuesta no me cogió por sorpresa; evidentemente, me dijeron que sí, que cenara con él en su casa y que empezara a prepararme ya.

A Noe le había contado algo por encima cuando nos levantamos al día siguiente del cumpleaños, ya que dormí en su casa. Pero con el pedazo de resaca que tenía, no creo que se enterara de mucho. Con Cloe no había podido hablar nada más que por WhatsApp, porque Raúl se había quedado hasta el domingo (pudo prolongar su estancia) y mi amiga aprovechó a tope. Así que hoy sería el día en el que todas, sobrias y solas, podríamos charlar un rato.

Llegamos más o menos a la vez. Quedamos en una terracita que estaba a dos calles de la mía. Nos sentamos y empezaron a apabullarme con preguntas de todo tipo. Evidentemente, la primera fue:

—¿Te lo has tirado? —preguntó Noe mientras se encendía un cigarro.

—¡No! ¡Claro que no! Pero, Noe, parece que aún no me conoces...

Les conté el magreo y el calentón de la fiesta, el baile tan romántico que tuvimos juntos cuando no quedaba nadie en el *pub* y la vuelta al sobeteo en el portal de mi casa.

—Joder, en el local los dos solos, ¿y no te lo trincaste? ¡Madre mía, yo le habría hecho el kamasutra entero!

Sonreí mientras negaba con la cabeza.

—Pues no..., no hicimos nada.

—¿Seguro que no es gay? —bromeó Cloe.

—No me lo ha dicho directamente, pero lo que guardaba dentro de su pantalón decía todo lo contrario.

—¡Se puso palote! —Se incorporó Noe.

—¡Calla! Joder, tía, es que eres la discreción en persona, coño —susurré mirando a mi alrededor.

—¿Y qué quieres que haga si mi amiga, la que aún no se ha estrenado, me cuenta que le mola un tío con el que tuvo algo más que palabras en su cumpleaños y que se puso cachondo? ¡Entiéndeme! Joder —suspiró mientras volvía a apoyar la espalda en el respaldo—, soy una unicornia muy incomprendida.

Eso hizo que las tres nos riéramos. La verdad es que cuando estábamos junto a la pared de mi portal y empecé a notar algo duro a la altura del vientre, casi me da algo. ¡Pero, joder, es que yo estaba igual! ¡Pero como a las mujeres no se nos nota físicamente...!

—Noe, ya sabes que para esto soy un poco cortada; no te lo tomes a mal. — Intenté hacerle cosquillas.

—Que lo sé, coño —respondió riéndose y exhalando el humo del cigarro.

Después del tema *palote*, pasamos al de lo que había pasado al salir del curro. Les conté cómo había sido nuestro reencuentro, nada apasionado y bastante distante. También lo del beso cuando me acompañó, la conversación del bar y, por último, mi negativa a cenar con él en su casa. Mis amigas lo pusieron un poco verde, tengo que reconocer, en plan «que le den a su padre», «ya es mayorcito para andar con excusas...», bla, bla, bla.

—¿Y por qué no vas a ir? —preguntó Cloe.

—Pues porque no.

—Buena razón, sí, señor —apuntó Noe—. ¿Y por qué no?

—Pues porque tampoco lo conozco tanto como para meterme en su casa.

—Solo vas a cenar, Nai, no vas a prometerle amor eterno.

—Ya lo sé, Cloe, pero me da... miedo.

—¿Miedo?

—Sí, Noe.

—¿Miedo de qué? ¿De que tenga una tranca enorme?

—¡Noe! Joder, que lo digo en serio. —Pero no pude evitar reírme—. Me da pavor que al estar solos me fuerce a hacer algo. —Por fin lo dije.

Mis amigas se miraron entre ellas con gesto de preocupación.

—A ver, cariño —se acercó Cloe a mí—, si no estás segura, dile que podéis cenar en un restaurante y hablar allí.

—¡Claro! —respondió Noe—. No hagas nada que no quieras hacer..., pero piensa en su tranca.

—Pero es que, por otro lado, me atrae mucho la idea de cenar solos y hablar sin que nadie pueda molestarnos.

—¿Entonces?

—Yo qué sé, Cloe. Estoy hecha un lío.

—Te voy a hacer una pregunta. —Noe se incorporó—. Si tuvieras que dar

una respuesta ahora mismo y tuvieras que guiarte por el corazón en vez de por la cabeza, ¿qué harías?

—¿Sinceramente? —pregunté.

—Por supuesto.

—Iría a su casa —sentenció.

—Pues ya tienes la respuesta. Además, si te vas a sentir más tranquila, cuando lleguéis, nos mandas la ubicación de su casa y así sabremos dónde estás. Y si quieres que te mandemos mensajitos o que te llamemos, solo tienes que decírnoslo.

Abracé a Noe con fuerza. Ella sí que sabía cómo hacerme sentir bien y tranquila.

—Y si hace falta que nos quedemos de porteras en la puerta de su casa, sabes que lo haremos —apuntó Cloe.

—Gracias, chicas. De verdad. Os quiero un montón.

Ahí quedó la conversación, no sin el último comentario de Noe antes de despedirnos.

—Lleva condones por si acaso, nena —dijo tirándome un beso.

Por la tarde fui a trabajar bastante nerviosa. Tenía claro que le iba a decir que sí, que cenaría con él, y solo imaginarme la escena se me encogía el estómago.

Cuando llegué allí, estaba la peluquera tomando un café con Gael. Mírala qué espabilada era la chica que hoy, *casualmente*, había venido antes a traerle la bebida.

—Hola, Naira —sonrió Gael al verme aparecer por la puerta.

—Ah, hola —saludó también la peluquera con desdén.

No, si aún iría y le arrancaría los pelos. Pero esta tía ¿qué se creía? Mira que a las buenas yo era muy tranquila, pero a las malas la mandaba calva a la peluquería a que le pegaran extensiones. Lo mismo hasta podía hacérselas ella solita.

—Hola —fingí una sonrisa—, voy al despacho a cambiarme.

Hoy había venido vestida de calle, para no irme a cenar luego con Gael con el uniforme de trabajo. Iba sencilla. Unos *shorts* vaqueros desgastados y una camiseta de tirantes roja, con escote de pico y tres pequeños botones bajo él. Sandalias con cuña y el pelo suelto. Reconozco también que con esa vestimenta buscaba llamar la atención de mi jefe.

Cuando salí, la peluquera se había marchado. Si ya te decía yo que era más lista que el hambre. Gael estaba colocando unas camisas cuando me oyó salir del despacho.

—Hola otra vez —dijo mientras me daba un rápido beso en la mejilla.

—¿Qué tal?

—Bien, hoy está la cosa tranquilita.

—Y eso es malo, ¿no?

—Según se mire. Para descansar está bien, pero para el negocio no es muy bueno. Mira, he dejado allí una caja de pantalones que hay que etiquetar. ¿Te importa hacerlo tú?

—¡No, claro! Dime qué es exactamente lo que tengo que hacer.

Nos colocamos al lado del mostrador y me agaché para sacar un par de pantalones de la caja. Al incorporarme, estaba detrás de mí y me puso las manos en la cintura. Di un pequeño respingo. Se me cortó la respiración.

—Perdona... Solo quería pasar —se disculpó.

—No, tranquilo, es que no esperaba que estuvieras detrás.

Me enseñó cómo debía hacerlo y, mientras él seguía con las camisas, yo me puse con los pantalones. Sin hablar, solo escuchando de fondo el hilo musical de la tienda y lanzándonos miradas fugaces que cogíamos al vuelo.

Entró una pareja y Gael, con un guiño, me animó a que me ocupara de ellos. ¡Mi primera actuación como dependienta! Me acerqué a ellos temblando y, con una sonrisa, les atendí. Al final se llevaron dos pantalones y una camiseta. No debí de hacerlo tan mal. ¡Me sentía supercontenta!

—Lo has hecho muy bien, Naira. Tienes don de gentes.

—¡Qué dices! He tartamudeado varias veces, por no decir que, cuando me hablaban de jerséis con cuello tipo perkins o mao, no sabía dónde meterme.

Mi comentario provocó una carcajada en Gael.

—Sí, te he visto, pero lo has defendido perfectamente.

—Ya, seguro. Voy a tener que estudiar tipos de cuellos antes de venir a trabajar.

—No te agobies. De verdad que has estado muy bien. Y ya sabes que, si necesitas clases particulares, aquí me tienes a tu entera disposición.

Nos quedamos mirándonos y la risa desapareció para dar paso al deseo. Me mordí el labio inferior, nerviosa.

—No hagas eso —dijo con voz grave.

—¿El qué? —susurré.

—Morderte el labio.

—¿Por qué?

—Porque no respondo de lo que pueda hacer ahora mismo.

Y, como por inercia, volví a hacerlo mientras le retaba con la mirada. Alzó las cejas, negando con la cabeza, y se acercó a mí con calma, pero con una mirada lobuna que hizo que sintiera mucho calor de repente. Se aproximó a mis labios despacio; parecía que atraían los suyos con una energía inexplicable. ¿Nunca habéis sentido que notáis los labios de la otra persona antes de que lleguen a besarte? Pues eso era lo que yo sentía en ese momento. La respiración se le aceleraba y notaba como su pecho subía y bajaba cada vez más resuelto. Yo no me

movía de donde estaba, pero él, sí. Me puso una mano en la mejilla y con la otra me retiró un mechón de pelo tras la oreja. Me miraba como si me estuviera desnudando y yo cada vez me sentía más expuesta. Justo cuando sus labios estaban a escasos milímetros de los míos, escuchamos una voz de fondo.

—Buenas tardes.

Una mujer de unos ochenta años entró en la tienda, dispuesta a comprar. Nos separamos como una exhalación. Salvados por la campana. Nos apartamos como si de repente nos repeliéramos. Yo bajé la cabeza y me puse tras el mostrador, mientras disimulaba haciendo como que buscaba algo allí.

Gael la atendió, al principio un poco nervioso y después algo más relajado. Reconozco que el momento había sido apoteósico, pero tenso de narices. Si hubiéramos estado solos, seguramente nos habríamos besado y devorado entre las estanterías y el mostrador. Sentíamos tal tensión sexual que, como siguiéramos así, casi sería obligatorio dejar de trabajar con él, porque si esto ocurría el segundo día, no sé cómo acabaríamos el mes...

NOEMÍ



Noemí había salido con la intención de darse un paseo. Todavía llevaba la muleta, pero se agobiaba mucho en casa. Su madre se pasaba muchas horas en el trabajo y, aunque no le gustaba la sensación de estar tanto tiempo sola deambulando por el piso, tampoco le apetecía mucho la opción de tener a su madre cerca dada la tensa relación que seguía existiendo entre ellas.

Fabiola había intentado hablar con ella varias veces, pero Noemí siempre acababa encerrándose en su habitación, sin querer saber nada de ella ni de su relación con aquella mujer.

Lo que Fabiola no se había planteado bajo ningún concepto era llevar a Ana de nuevo a casa cuando estuviera su hija. Era consciente del daño que le había causado a Noe por la presencia de su pareja allí y no pensaba volver a cometer el mismo error.

Así que, aquella mañana, Noe paseó por el barrio con la intención de ver escaparates y respirar un aire menos viciado que el de su casa. Se puso unos pantalones cortos negros, rotos por varias partes, una camiseta sin mangas de Metallica y unos auriculares para ir escuchando música con el teléfono.

A Noemí la música *rock* la volvía loca; era una vieja roquera con cuerpo de niña, como se definía ella. Nirvana era uno de sus grupos favoritos, junto con Metallica o 30 Seconds to Mars.

Y justo cuando iba escuchando *Closer to the edge*, de estos últimos, decidió entrar en una conocida cafetería para comprar un café para llevar. Se sentaría en un parque y disfrutaría de las vistas y del relajo de no tener que dar explicaciones a nadie de por qué estaba ahí.

Cuando entró no había mucha gente. Se puso en la fila y pidió un moca

blanco para llevar. Le chiflaba ese café con nata. Empezaba a sonar en sus auriculares *Smell like teen spirit* cuando chocó literalmente con alguien al abrir la puerta para salir. El encontronazo hizo que el café se derramara sobre su camiseta.

—¡Joder! —se quejó Noe mientras tiraba de sus auriculares para quitárselos—. ¿Es que no puedes mirar por dónde vas?

—Lo siento, no te vi.

—Me cago en diez —respondió ella intentando en vano limpiarse la camiseta.

—Espera, que te ayudo a...

—¡Ni me toques! ¿Me oyes? Ya has hecho bastante, joder.

Frente a ella se encontraba un chico algo mayor que Noe, vestido con traje y corbata, que la miraba con preocupación.

—Déjame que te ayude. Espera, que voy a por servilletas.

—¡Que no, coño! ¡Que ya está!

—Al menos déjame que te invite a otro café.

Noe alzó la vista hacia él —hasta entonces no lo había hecho— y se encontró con unos tremendos ojos azules. El chico era muy guapo: pelo cortito, ojos claros, y espectacularmente bien vestido. Ella parpadeó varias veces hasta que respondió:

—Mira, tengo que irme.

—Hacemos una cosa; espérame aquí, que te lo pido. ¿Qué tomabas? —preguntó apurado.

—Déjalo, gracias. Debo marcharme.

Y Noe se fue de allí lo más rápido que pudo, teniendo en cuenta que llevaba una muleta. Se puso los auriculares de nuevo y empezó a caminar hacia su casa. No sabía qué le había pasado, pero ese chico le había parecido superatractivo y se había puesto nerviosa. Había pasado del enfado al nerviosismo en décimas de segundo, y el punto de inflexión había sido mirarle a los ojos.



Pasamos el resto de la tarde algo cortados, pero sin dejar de enviarnos esos mensajes tan explícitos a través de nuestras miradas. Atendí a unos cuatro clientes, con los que cada vez me sentía más cómoda. A medida que iba conociendo más el negocio y las prendas, el trabajo se me hacía un poco más fácil. Gael era un relaciones públicas experto; sabía qué decir en cada momento a la persona adecuada. De ahí que todos los que venían salieran con bolsas. Probablemente, en el terreno amoroso sería igual.

Me gustaba el trabajo porque no era nada agotador, salvo por estar de pie todo el rato, pero era divertido teniendo al jefe que tenía enfrente. Eso ayudaba mucho. Contar constantemente con un pibón como él, que me dedicaba todo tipo de miradas, facilitaba bastante mi motivación.

No hablamos nada sobre la cena que me había propuesto. Yo no saqué el tema, no fuera a ser que se hubiera arrepentido y acabara quedando en evidencia. Y él tampoco parecía que quisiera decirme nada. Hay que ver qué difícil es muchas veces la comunicación entre las personas. Con lo fácil que hubiera sido que nada más entrar me dijera «¿vienes a cenar conmigo entonces esta noche?»... Yo le habría contestado «claro, cómo no», y fin de la conversación. Sin estos nervios de por medio ni esta sensación tan incómoda de no saber a qué atenerme.

Cuando estaba echando el cierre de la tienda entramos al despacho a hacer caja, como el día anterior, para que no se viera desde fuera cómo contaba Gael el dinero.

Se mostraba concentrado y hacía alguna que otra anotación en un cuaderno; me parecía todavía más sexi, si cabía. Yo disimulaba mirando el móvil, pero los ojos se me iban a sus manos: eran perfectas. Y solo imaginármelas recorriendo mi cuerpo me ponía aún más nerviosa.

—Bueno, pues ya está la caja hecha. Nos podemos ir —dijo mientras se

levantaba.

—Vale. Espera, que me cambio en un momento.

—¿Te vas a cambiar aquí? —sonrió pícaro.

—Me gustaría —respondí con mi ropa entre las manos.

—Ok.

¿No se iba a ir? Me lo quedé mirando con media sonrisa y enarqué las cejas.

—¿Pretendes quedarte aquí mientras me cambio?

—¡Ah! Perdona. Me parecía buen plan. Pero si quieres que me vaya... —

bromeó.

—¡Qué fuerte! Mira que eres, ¿eh? No pensaba cambiarme delante de ti de ninguna de las maneras.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Por qué? No lo entiendo. —Esa media sonrisa me desarmaba.

—¡Venga ya! ¡Sal de aquí! —respondí empujándole hacia fuera del despacho.

En ese momento, se dio la vuelta con rapidez y, mirándome de frente, susurró:

—Dame tiempo... y me dejarás quedarme.

Sonreí colorada como un tomate. Ese chico tenía un desparpajo que me ponía nerviosa y me hacía sentir avergonzada. Y, para qué engañarnos: también conseguía ponerme a cien. Nunca me había acostado con nadie, pero si esto se parecía al sexo, ¡quería dejar de ser virgen ya!

Después de cambiarme, salí. Gael me esperaba apoyado en el mostrador mientras miraba el móvil.

—Ya puedes entrar si quieres —le invité.

—¿Ahora? Ya no tiene gracia.

—Cómo te gusta sacarme los colores, joder.

—Bueno, y ¿te has pensado si vienes a mi casa a cenar?

¡Sí! ¡Seguía en pie! Claro que quería ir. Pero a ver, tenía que intentar no parecer la mujer más ansiosa del mundo por cenar con él, aunque la cara es el espejo del alma y mi sonrisa me delató. Y lo sé porque a él le sucedió lo mismo.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

—Genial. ¿Te gusta la comida japonesa?

—Supongo. Nunca la he probado.

—Pues vamos a parar camino de casa en un restaurante que me tiene loco. Y compramos la cena. ¿Te parece?

—Claro.

Lo que no sabía Gael era que yo había dicho a mis padres que esa noche

dormiría en casa de Noe porque estaba sola. No es que fuera a quedarme con Gael. ¡No! Era verdad que iría donde Noe, pero no era lo mismo llegar tarde a mi casa que a la de mi amiga.

Cuando íbamos camino de la casa de los padres de Gael, que estaba en las afueras de Madrid, llamó con el manos libres al restaurante y pidió un montón de cosas con nombres que me sonaron rarísimos. Yo iba supertensa en el coche, nerviosa porque iba a cenar con él en su casa. Y eso me ponía bastante atacada. Nunca había estado en casa de ningún chico a solas y, después de mi experiencia con Mora, no sabía muy bien cómo actuar. Pero, joder, ¡es que me apetecía! ¿Por qué ese desgraciado tenía que decidir lo que yo quería o no hacer? ¡No! Yo quería ir a cenar con Gael, y si lo de Mora no hubiera ocurrido, no lo habría dudado ni un segundo.

Callejamos con el coche hasta llegar a la puerta de un restaurante que se llamaba SushiMad. Paró el coche en doble fila, echó el freno de mano y, al quitarse el cinturón de seguridad, se volvió hacia mí.

—Salgo yo a por la cena, no te preocupes. Quédate en el coche y ahora vengo. —Y me dio un suave y rápido beso en los labios.

Volví a quedarme sin palabras. Qué lío tenía. Pero ¿quería que estuviéramos juntos o no? ¿Lo quería él? Yo qué sé. Noe y Cloe siempre me decían que tenía que dejarme llevar y que lo que fuera, sería, pero a ver, ¿que Gael me lanzaba unas indirectas muy directas en el trabajo? Sí. ¿Que luego me decía que mejor no por la imagen del negocio? También. Así que, quien lo entendiera, que lo comprara. Porque no me aclaraba.

Tardó muy poco en salir; el pedido ya debía de estar preparado y enseguida fuimos hacia casa de sus padres. Entramos en una urbanización con unas casas muy grandes, pero antes pasamos por una garita de seguridad donde Gael tuvo que identificarse.

Un par de minutos después activaba con un mando la verja de una casa. Ante nosotros se empezó a abrir un portón que daba acceso a una enorme vivienda unifamiliar, con un garaje en el lado izquierdo. Delante de la casa, un enorme jardín con piscina y pista de tenis.

—Joder —se me escapó.

Intuí una sonrisa por su parte mientras aparcaba el coche en el garaje. Salimos con las bolsas de la cena y lo primero que hice fue mandarles la ubicación a mis amigas. Vale que era un poco paranoica, pero me quedaba más tranquila así y no hacía mal a nadie. La respuesta de Cloe no se hizo esperar.

—¡Pero, Nai! ¿Sabes dónde estás? ¡En una de las zonas más ricas de Madrid! ¡Ahí vive un montón de famosos!

—¡Cágate con el niño! ¡Joder, dónde vive! Prepara un secuestro exprés, que seguro que nos pagan un pastón por él —añadió Noe.

Reí nerviosa.

— ¿Todo bien? —preguntó Gael mientras abría la puerta de la casa.

— Sí. Es que mis amigas están como cabras.

Nada más entrar encendió la luz del *hall*. ¡Joder, joder, joder! ¡Qué pedazo de casa! Nunca en la vida había estado en una como esa; es más, ni en sueños me podría haber imaginado entrar en una. Todo era de mármol blanco con pinceladas grises y suelo de parqué. Pasamos al salón y ¡eso era más grande que un campo de fútbol! ¡Madre mía! Lo presidían dos sillones de unas seis plazas cada uno, junto con una mesa de centro de cristal y una alfombra negra de pelo. Una chimenea de diseño en tonos marrones estaba situada junto a una televisión, colgada de la pared, de no sé cuántos miles de pulgadas.

— Por aquí — me dijo mientras le seguía.

Llegamos a la cocina. Y ¿qué voy a decir?, pues que también era enorme, con una pedazo de isla en el medio. ¡¡Pensaba que este tipo de casas solo existían en las películas!!

Sacó un par de platos, unos cubiertos y dos copas de vino. Cogí la bolsa de la comida y nos dirigimos hasta la terraza de la casa. Allí había una mesa rectangular de madera, perfectamente decorada, acompañada de ocho sillas. Aún seguía con cara de flipada al ver semejante estancia; insisto en que pensaba que este tipo de casas solo salían en la televisión y que se trataba de un decorado de cartón piedra que se derrumbaría con un ligero soplido.

— Ponte cómoda — me dijo atrayendo hacia él una silla para cederme el sitio.

— Gracias — respondí sentándome.

Volvió a entrar y salió con una botella de vino y un par de salvamanteles negros redondos. Colocó los platos encima y abrió la botella con suma maestría.

— No te he preguntado si querías vino — dijo.

— Sí, una copita me tomo. Me gusta el vino blanco.

— Genial. De todas formas, ahora traigo agua también.

— Voy yo; dime dónde está. — Hice ademán de levantarme.

— Shhhh..., tú quédate aquí tranquila. Eres mi invitada. Ahora la traigo yo.

Sonreí y él respondió de la misma manera.

Cuando estábamos ya los dos sentados y la mesa perfectamente puesta, Gael me tendió mi copa de vino.

— ¿Brindamos?

— Claro. ¿Y cuál es el motivo del brindis? — pregunté con la copa en alto.

— Por nosotros y por esta noche.

— Me parece bien.

El sonido de nuestras copas chocando fue el inicio de una bonita noche.

— Bueno, te voy a enseñar lo que he comprado para cenar. Espero que te

guste.

Abrió la bolsa y empezó a sacar pequeños envases.

—A ver... Esto es una ensalada *kanikama*. Lleva *kanikama*, langostinos cocidos y mayonesa japonesa. Aquí hay *takoyakis* de pulpo. También me he permitido coger los tres tipos de tartar que tienen para que elijas el que más te guste; uno es de atún, otro de salmón y otro de solomillo. Un par de cucuruchos de alga *nori* rellena de arroz con salmón, aguacate y sésamo. Aquí tenemos un plato variado de *sushi*. Y en la nevera está el postre. —Levantó la mirada y sonrió orgulloso de su presentación.

—Todo tiene una pinta estupenda. Pero desde ahora te digo que no me acuerdo de ninguno de los nombres que me has dicho.

Gael soltó tal carcajada que me contagié.

—Bueno, lo mejor es probarlo. Lo de saber los nombres es secundario. Así que adelante, sírvete.

—Uf..., no sé por dónde empezar.

Comencé por la ensalada, que me pareció deliciosa. Y ya no pude parar. Nunca había probado ese tipo de comida y reconozco que desde ese día me declaré fan incondicional de ella.

—Debo admitir que nunca había estado en una casa como esta —confesé.

—Bueno, impresiona, pero a mí no me gusta mucho vivir en ella.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Porque al final todo es fachada. A mí me gustaría vivir en un sitio más pequeño, mío, y sin tener que justificar siempre lo que hago o dejo de hacer.

—¿Tu madre trabaja?

Dio un largo trago a la bebida mientras negaba con la cabeza.

—Mi madre nunca ha trabajado. Mis abuelos tenían mucho dinero y nunca le hizo falta. Luego heredó todas las empresas de su padre y solo ha tenido que poner la mano a fin de mes para que sus empleados, que son quienes las gestionan, le paguen las ganancias. Ella no hace nada.

Alcé las cejas.

—Vaya. Entonces, ¿tu padre?

—Mi padre, antes de casarse con mi madre, trabajaba en un taller de ropa. Se ocupaba de repartir los pedidos entre las tiendas. Cuando se casaron lo dejó y empezó a llevar las empresas con mi madre. Hace unos años él se aburrió de no hacer nada y pensó en crear su propia firma de ropa. ¡Y *voilà!* —Levantó las manos—. Ahora trabajamos para él.

—Entiendo que no tienes ninguna necesidad de trabajar...

—Ninguna. Pero mi padre dice que tengo que aprender el negocio para

cuando él falte... Ya sabes, esas cosas que dicen los padres siempre.

—Y a ti no te gusta este mundillo.

—No. Ya te dije que mi sueño es la fisioterapia deportiva.

—¿Y por qué no estudias eso? ¿Por qué no te lanzas?

—Porque, a día de hoy, no podría costeármelo. Mis padres me han dicho, por activa y por pasiva, que solo me pagarían Administración y Dirección de Empresas o algún máster relacionado.

—Joder, pues qué egoístas, ¿no?

—Es lo que hay.

—Es una pena tener que renunciar a tus sueños por una cabezonería de tus padres.

—Tienes suerte, ¿sabes? Que tus padres te apoyen en todo y hablen contigo a diario sobre tus cosas, que cenéis juntos... Yo eso no lo he vivido nunca. La gente piensa que por tener dinero lo tienes todo. Sí que lo puedes tener todo, pero solo hablando en términos materiales, porque en mi casa, el cariño de unos padres ha sido bastante escaso. Yo he me criado más con las trabajadoras internas que con ellos. Ellas eran las que me llevaban al colegio, me aseaban, me ayudaban con los deberes, me llevaban al cine...

—Qué contradicción, ¿verdad? Yo siempre pienso en que ojalá tuviera mucho dinero para que mis padres pudieran trabajar menos y disfrutar más de la vida. Y tú deseas que tu situación hubiera sido diferente.

Asintió con la cabeza hasta que dijo:

—Bueno, pero no vamos a amargarnos la cena con cosas ajenas a nosotros ahora mismo. ¿Quieres más vino?

—La última. Que si no, en el taxi, voy a ir fatal a casa.

—Yo te llevo —respondió mientras servía la bebida.

—¿Tú? Después de... ¿cuántas copas de vino? —reí.

—La última, luego bebo agüita y listo.

Nos comimos todo lo que Gael había comprado.

—¿Te ha gustado, entonces, la cena?

—¡Sí! Prometo repetir.

—Espero que sea conmigo.

—Ya veremos...

—Mira que si no te hubiera gustado nada... jajaja. Ha sido arriesgado.

—Sí..., pero me gusta probar cosas nuevas.

Alzó una ceja y medio sonrió.

—¿Sí? ¿Te gusta probar de todo?

—¡Joder! ¿Es que siempre los tíos tenéis que ir por el lado sexual de las frases? —respondí tirándole la servilleta.

—Pero si no he dicho nada —se carcajeó.

— ¡No ha hecho falta! Tú sabes cómo me has mirado...

— ¿Y cómo lo he hecho?

— Así. — Y repetí su gesto.

Eso le hizo reírse aún con más ganas.

— Te juro que me encantas. Tienes una espontaneidad que me descoloca, pero que, a la vez, me fascina.

— Lo que pasa es que estás acostumbrado a estar con chicas estiradas y con muchos billetes en los bolsillos.

— ¿Eso crees?

— Sí. Y creo que no me equivoco.

— ¿Tan segura estás?

— Lo estoy.

— ¿Doy esa impresión? ¿De que me gusten las tías frívolas?

— No es cuestión de impresión, sino de tener en cuenta el entorno donde te habrás movido. Si no llego a colarme en tu baño, jamás te habrías fijado en mí.

— Mentira.

— Verdad.

— ¿Y tú? ¿Te habrías fijado en mí?

— ¿En un tipo trajeado, con aires de jefe y con muy mal genio, como con el que me crucé la primera vez que te vi? — Me quedé pensativa—. Tienes razón, no me habría fijado.

En ese momento fue él quien me tiró la servilleta.

— Y ahora, si me disculpas, tengo que ir al aseo. ¿Me puedes decir dónde está? — pregunté mientras me levantaba de la silla.

— Claro. Mira, en ese pasillo, la segunda puerta a la derecha.

— Vale. Ahora vengo.

Cuando me levanté sentí un leve mareo.

— ¿Estás bien?

— Sí, joder, el vino.

Caminé hasta llegar a la puerta que me indicó. No hace falta que diga que el baño era espectacular y del tamaño casi de mi casa entera, ¿no? Se sobreentiende. Me miré en el espejo y resoplé en silencio. ¿Qué coño estaba yo haciendo en casa de un desconocido, bueno, ya un poco conocido, cenando y bebiendo vino? Tenía las mejillas sonrojadas, supongo que por efecto de la bebida y porque estar cerca de él me hacía sentir un calor en partes de mi cuerpo donde jamás lo había sentido antes. Y prefiero no nombrarlas por vergüenza, pero, vamos, creo que ahora mismo sobran las palabras.



Cuando salí del baño, él hacía lo mismo pero de la cocina, con una bandeja en la mano.

—¿Y eso? —pregunté.

—El postre.

—¿Más comida? Voy a reventar —bromeé acariciándome el abdomen.

Nos sentamos y me mostró lo que había comprado.

—¿Esto también tiene nombres raros?

—Mira esto. He comprado unos dados de chocolate negro, una crema suave de jengibre con dulce de leche y galletas, y por último, pero no por ello menos bueno, un par de tartaletas de chocolate negro, rellenas de *mousse* del mismo sabor, con caviar de cacao crujiente.

—Joder..., lo que te digo. Voy a salir de aquí rodando.

Estaba todo riquísimo; debería ser pecado comer estas cosas, con lo buenas que estaban. Gael, con picardía, me ofreció un dado de chocolate y me lo metió con sensualidad en la boca, sin dejar de sostenerme la mirada.

¡Madre mía! Esas partes de las que antes os hablaba estaban alcanzando temperaturas tan altas que tenía miedo de acabar echando fuego por la boca. Pero yo no iba a ser menos e hice lo mismo. Su gesto se estaba transformando poco a poco en más lobuno. Su mirada era más oscura y mucho más sensual. Estábamos empezando un juego peligroso que no sé si conseguiríamos parar. Incluso nuestra respiración se notaba más agitada.

—Espera un momento —susurró mientras se levantaba y accedía de nuevo al interior de la casa.

Cogí aire y lo solté.

«Joder, Naira, ¿qué estás haciendo? —pensé en voz alta—. Esto se te está yendo de las manos.»

Volvió con una botella cuyo líquido interior era rosa. También traía dos copas de champán vacías.

—No me digas que vamos a beber ahora enjuague bucal —bromeé.

Rio de forma sonora y espontánea.

—Es champán.

—¿Rosa?

—Sí. Lo tenía mi padre sin abrir en la nevera, así que qué mejor momento que ahora para saborearlo, ¿no?

Acercó su silla a la mía y, sentándose junto a mí, abrió la botella y vertió el líquido en las copas. Nunca había visto un champán rosa, pero tenía buena pinta.

—Te toca hacer el brindis —me invitó.

—A ver..., pues brindo por esta noche tan bonita que estamos teniendo.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Bebimos mientras nos sosteníamos la mirada y, nada más dejar la copa, Gael me cogió la cara con las manos y me besó con fiereza. Con las mismas ganas que tenía yo de hacerlo. Le respondí de la misma manera hasta que, no sé ni cómo ni cuándo, acabé sentada a horcajadas sobre él. Nos estábamos devorando literalmente. Jugó con su lengua dentro de mi boca y respondí a sus besos. Me agarró por el culo, se puso de pie y, sin dejar de besarnos, rodeó su cintura con las piernas, mientras notaba con claridad su excitación en mi vientre. Ahora no tenía tiempo de pensar; quería dejarme llevar, porque era lo que en ese momento me apetecía.

Creo que atravesamos el salón y, una vez en el pasillo, dio una patada a una puerta que daba acceso a una habitación. No podría describirla porque estaba por otros menesteres. Caímos los dos sobre una cama de matrimonio, él sobre mí y entre mis piernas. Me dio besos y pequeños mordiscos en el cuello y detrás de las orejas, y creo que se me escapó algún que otro jadeo. ¡Qué placer estaba sintiendo en ese instante! Se apoyó en los antebrazos y me miró. Tenía los labios rosados e hinchados y también jadeaba. Su pelo estaba revuelto y algún mechón le caía por la frente. Su mirada me atravesaba. Después volvió a besarme con fuerza. Ya los besos no nos satisfacían del todo, así que se incorporó y se quitó la camiseta. Frente a mí quedó un torso perfectamente moldeado. Mi mirada se fue hasta la línea del abdomen, que se perdía por debajo del pantalón. Estaba excitado; era algo más que visible. Pero no solo él, yo también lo estaba. Mientras me mordisqueaba la oreja y le sentía jadear, metió con suavidad la mano por debajo de mi camiseta hasta llegar a tocar mis pechos por encima del sujetador. Di un respingo. Inmediatamente se separó.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí..., muy bien —sonreí, y él hizo lo mismo.

Volvió a centrarse en mi cuello para seguir masajeándome el pecho. Creí

que iba a explotar de placer. Mis manos recorrían su cabello, su cuello, su espalda. La mía se arqueaba con cada beso, como si quisiera ofrecerse aún más. Me sacó los pechos de las copas del sujetador y me acarició los pezones con sumo cuidado.

¡Madre mía! Pero ¿qué estaba haciendo? Esto no podía estar bien. ¡Si me vieran mis padres...! Me estaba dejando llevar por unas sensaciones tan placenteras que no podía pensar más allá de sus besos y sus caricias.

De repente, noté como su mano bajaba hacia el botón de mi pantalón. Me acarició el abdomen, el ombligo y la zona de alrededor. Se me puso la piel de gallina. Empezaba a tensarme. Yo era virgen en esto, en todos los sentidos, en preliminares, en el sexo como tal y en después de. No sabía cómo actuar cuando la cosa ya llegaba a términos más sexuales. Hasta ahora había sido un magreo en condiciones, pero cada uno con sus pantalones puestos. Todo controlado.

Pero Gael intentó desabrocharme el pantalón y me vinieron todos los recuerdos de Mora cuando metió la mano en mis braguitas e intentó introducirme los dedos. Y me asusté. No quería seguir. Entonces, como un resorte, me incorporé. Me tapé los pechos y me bajé la camiseta, sin darme tiempo siquiera a colocarlos de nuevo dentro del sujetador. Gael se apartó inmediatamente.

—Lo siento, Gael. No puedo.

—Eh, Naira, tranquila. No pasa nada. ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

Me costaba algo respirar. De repente, me había entrado una ansiedad que se estaba volviendo incontrolada. Solo me venían a la cabeza las imágenes de aquel día, y lo peor es que no eran solo imágenes, sino que hasta llegué a sentir el olor de aquel cabrón que me había marcado de por vida.

—Necesito tomar el aire.

—Claro. Vamos.

Y volvimos a la terraza donde antes habíamos cenado. Me senté en una de las tumbonas que quedaban frente a la piscina y Gael hizo lo mismo en la de al lado.

—Tumbate —susurró mientras me masajeaba el hombro—. Voy a traerte agua.

Y eso hice. Cerré los ojos y le esperé. No era que no confiara en él —me estaba demostrando que podía hacerlo—, pero sentir que alguien intentaba tocar mi zona más íntima me daba pavor. Llegó enseguida con un vaso de agua y, sentado en la otra hamaca, me la ofreció.

—Ten. Está fresquita.

—Gracias.

Bebí un poco y me volví a recostar. Gael dejó el vaso en el suelo, juntó su hamaca con la mía y también se tumbó. Noté que su mano empezaba a tocarme el pelo por la coronilla, como haciendo un pequeño masaje que me estaba relajando mucho. No hablamos; solo escuchamos el silencio y nos mantuvimos así unos

veinte minutos.

Abrí los ojos y volví la cara hacia él. Me estaba mirando y, al ver que ya estaba más relajada, hablé.

—¿Necesitas algo?

—Gracias —dije.

—No me las des. ¿Tú estás bien? Es lo único que me importa ahora.

Toma ya. Vuelco de corazón a tope.

—Estoy mejor. —Hice una pausa—. Lo siento, de verdad.

—Que no me pidas perdón. Naira, no vamos a hacer nada que tú no quieras hacer; eso tenlo claro, ¿vale?

—Vale. Es que es complicado.

—No lo hagas difícil, pequeña. Esto es algo en lo que los dos tenemos que estar a gusto. Y así lo haremos.

—No sabes cuánto agradezco escuchar esas palabras.

Ojalá ese cabrón las hubiera dicho y respetado.

Me incorporé despacio. Y me froté la cara y los brazos. Empezaba a refrescar y era el momento de irme.

—Bueno, creo que voy a pedir un taxi.

—Quédate a dormir —sentenció.

—¿Qué?

—Que te quedas a dormir conmigo. Te prometo que solo dormiremos.

—Gael, yo...

—Confía en mí, Naira.

—Me cuesta mucho confiar en la gente... —dije cabizbaja.

—Déjame que te demuestre que en mí puedes hacerlo.

Me levanté y él hizo lo mismo, mientras me rodeaba la cintura con los brazos. Juntó su frente con la mía.

—Quédate conmigo, por favor. Mañana por la mañana te llevo a casa de Noe o a la tuya —susurró.

—Gael, te juro que me apetece muchísimo dormir contigo. —Joder, estaba empezando a perder la vergüenza.

—Si te apetece, ¿por qué no lo haces? —musitó—. Quiero abrazarte toda la noche y saber que estás conmigo. Confía en mí. Si luego no estas cómoda, yo mismo te llevaré a casa de tu amiga. A la hora que sea.

Nos miramos fijamente. Yo me moría por dormir con él y sentir sus abrazos durante toda la noche. Además, sería la primera vez que dormiría con un chico. Quizá los miedos de varias cosas se entremezclaban y creaban un ovillo tan enorme que se me hacía imposible desenredarlo.

—Dame un minuto.

—Claro.

Y me dirigí a la habitación a llamar a Noe. Necesitaba desahogarme con alguien que me conociera y poder contarle que me moría de ganas de dormir con él, pero que estaba aterrada por ser la primera vez.

En el primer tono lo cogió.

—¿Voy a buscarte? —dijo nada más descolgar.

—Jajaja..., no, tranquila. Todo bien.

—¡Ay, qué alivio! En cuanto he visto tu número en el móvil me ha dado un vuelco el corazón. Y ya estaba con la muleta en la mano por si tenía que ir y darle de hostias.

—No te preocupes, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

—Jo, pues que estoy hecha un lío —resoplé—. Hemos cenado genial, su trato hacia mí ha sido espectacular, nos hemos enrollado en su habitación...

—¿Cómo? ¡Para, para, para! ¿Que has hecho qué? ¿Y dónde?

—Bueno, hemos bebido un par de copas de vino y la cosa, poco a poco, ha ido a más y... no hace falta que te cuente, ¿no?

—¿Cómo que no! ¡En cuanto llegues quiero todo tipo de detalles!

—Pues por eso te llamaba...

—¿Qué pasa?

—Que me ha propuesto quedarme a dormir aquí.

—¿Sí? ¡Pues adelante! ¡Te cubro!

—¡Espera! Que te llamo porque no sé qué hacer.

—¿Por qué? ¿No estás a gusto?

—¡Claro que lo estoy! ¡Pero estoy nerviosa! Aunque desde el principio me ha dejado claro que no me preocupe, que solo dormiremos si es lo que quiero. Y antes ha parado cuando se lo he pedido...

—A ver, Naira. Si tú estás bien con él y estás disfrutando de la noche, no lo dudes, nena. Ya sabes que, si me necesitas, llamo a un taxi y me presento allí enseguida. Tú tienes la última palabra, nena.

Suspiré como si en esa exhalación estuviera la respuesta a todas mis dudas.

—Gracias, mi niña. No sé qué haría sin vosotras. Me quedo.

Colgué el teléfono, no sin antes mandarle un sonoro beso a mi amiga. Sentada a los pies de la cama, miré a mi alrededor. La estancia era enorme; había una cama de matrimonio con un liviano cubrecama. En las paredes blancas solo había colgados dos pequeños cuadros abstractos de colores vivos. La estancia olía a él. Desprendía un aroma que hacía que mi mente viajara a lo que habíamos vivido hacía escasos minutos.

Salí al salón y allí estaba él, sentado en uno de los sillones, con la cabeza recostada hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Estás dormido? —susurré.

—Qué va. Te estaba esperando —sonrió.

—¿Me dejas algo que haga de pijama para dormir?

Se incorporó y su sonrisa se amplió. Se puso de pie y se acercó hasta donde yo estaba, con la cabeza ladeada y un gesto seductor.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Cuando quieras puedo llevarte a casa. Creo que ya no daré positivo si nos encontramos con un control —bromeó.

Me abrazó por la cintura y me besó con dulzura.

—¿Quieres que veamos una peli? ¿O prefieres irte a dormir ya?

—Una peli puede estar bien.

Terminamos viendo *Leaving Las Vegas*, con mi cabeza apoyada en su pecho mientras él me acariciaba el pelo y hacía círculos imaginarios en él. Bostecé un par de veces y mi gesto no pasó desapercibido.

—¿Nos vamos a la cama? —pregunté mientras me estiraba.

—Hum..., qué bien suena eso.

—¡Eh! —respondí dándole un suave golpe en el hombro.

—¿Qué? —se rio.

—Nada... ¿Me dejas una camiseta o algo para dormir?

—Claro. Ven y, si quieres, la eliges.

En su habitación había una puerta que daba acceso a un tremendísimo vestidor; estaba claro que en esa casa todo era a lo grande. Hasta las sensaciones. Me señaló una estantería que tenía tres baldas, solo con camisetas de manga corta. Era imposible elegir entre tantas opciones, y más si olían a él. ¿No podía ponérmelas todas? Al final elegí una negra, básica, con cuello de pico.

—Cámbiate si quieres en el baño. Yo lo haré aquí fuera —dijo sentado en su cama.

Con la camiseta entre los brazos pasé al baño que correspondía a su habitación. Estaba decorado en tonos azules. Era precioso y, cómo no, grande. Muy grande. Me miré al espejo y sonreí. Creo que era la primera vez que me encontraba relajada desde que había llegado a su casa. Me apetecía mucho estar allí y dormir con él. Saber qué se sentía al adormecerse en los brazos de alguien que tanto te gustaba. Me quité los pantalones, los doblé y los coloqué con delicadeza sobre una repisa que había junto al lavabo. Seguí con la camiseta de tirantes y dudé si quitarme o no el sujetador. Me daba mucha vergüenza que se me marcaran los pezones y que nada más salir su mirada fuera directamente a esa parte. Pero también es cierto que para dormir iba a ser mucho más cómodo, así que, poniéndolo en la balanza, ganó el quitármelo. Dicho y hecho.

Terminé de doblar la ropa, la cogí y me hice un medio moño despeinado, es decir, como si no me hubiera hecho nada, pero por lo menos no se me venían los

pelos a la cara. La camiseta me tapaba la ropa interior; me llegaba como a medio muslo, más o menos lo mismo que dejaban ver los pantalones que llevaba puestos antes. Y eso me hacía sentir *tapada*.

Abrí la puerta despacio; era la primera vez que me iba a mostrar así ante un chico. Gael me observaba sentado en el borde de la cama. Joder, qué sonrisa tenía. Me daban ganas de salir corriendo, abalanzarme sobre él y hacerle todo lo que se me pasara por la cabeza, que ya os digo yo que eran muchas cosas. Iba vestido —es un decir— solo con unos pantalones cortos negros de pijama.

Dejé mi ropa sobre el escritorio y, en un acto reflejo, me estiré la camiseta hacia abajo, como si por hacer eso se me fuera a pasar antes la vergüenza.

—Estás preciosa —musitó.

—¿Seguro? —respondí mirándome la camiseta—. No lo tengo yo tan claro.

—Ven.

Me acerqué y me sentó con cuidado a horcajadas sobre él.

—Lo primero que quiero que tengas claro es que solo tienes que estar aquí si quieres estarlo. Que no te sientas presionada ni obligada. Porque si te vas ahora a casa, no pensaba despedirte. —Guiñó un ojo.

—Vaya, eso me consuela —sonreí.

—También, si en cualquier momento quieres irte, me despiertas, cogemos el coche y nos vamos. —Me recolocó detrás de la oreja un mechón que se había soltado del moño—. Y que no vamos a hacer nada que no quieras que hagamos.

La serenidad con la que me hablaba me hacía creerle al cien por cien. Le abracé y le di un suave beso en el cuello. Ladeó la cabeza para dejarme más recorrido, que aproveché, y le di un mordisquito. Le oí suspirar. Y eso hizo que me lanzara un poco más, por pequeño que fuera mi atrevimiento. Le cogí la cara y le di un lametón en el labio superior. Sonrió. Después, un mordisco en el labio inferior. Gael cerró los ojos y se dejó hacer. Pero lo que sí notaba era que sus manos se aferraban cada vez más fuerte a mi cintura y que me atraía hacia él.

Después me separé y, mirándole a los ojos, me sorprendí a mí misma al verme reflejada en ellos. «Naira, lo mejor es que pares esto y os vayáis a dormir. No precipites las cosas, cuando no hay ninguna prisa», pensé. Así que, revolviéndome un poco el pelo, suspiré.

—Lo siento, Gael. Yo...

—Eh, Naira —susurró—, que no me tienes que dar explicaciones. Todo está bien, ¿vale?

—Vale.

—Lo único que lo mismo tengo que salir corriendo a darme una ducha fría, pero por lo demás, todo bien —ironizó.

Me dio un suave beso en los labios y me levanté. Me dijo que se iba a lavar los dientes y yo me metí despacio en la cama. Era muy amplia, mucho más que la

que yo tenía en casa. Pero bueno, a sabiendas de que me repito mucho, en esa casa todo era muy grande. No habían pasado ni cinco minutos cuando le vi abrir la puerta del baño. Sonrió al verme ya en la cama, semirrecostada y apoyada en el cabecero. Yo le devolví el mismo gesto. Rodeó la cama para ponerse en el otro lado, apartó las sábanas y se metió.

—No te he preguntado cuál es tu lado de la cama —dije.

—En el que estás tú, pero no te preocupes.

—¿Sí? Pues espera, ponte aquí —respondí apurada.

—Es broma, Naira. No tengo ninguna preferencia por ninguno de los lados.

Suelo dormir en el medio, así que...

—Así que mejor me quedo aquí en una esquinita, ¿no? —bromeé.

—Tú tranquila, que ya haré yo por que no te caigas de la cama.

Nos tumbamos de costado y quedamos uno frente al otro.

—¿Quieres que apague ya la luz? —preguntó.

—Por favor. Empiezo a tener sueño.

Y eso hizo; la tenue luz de su mesilla desapareció tras el clic de la lámpara. Apenas se veía nada, solo algunas ráfagas provocadas por el resplandor de la luna. Reconozco que me tensé un poco en ese momento. ¿Estaba sola en la cama con un chico, que tampoco hacía tanto que conocía, en casa de sus padres? «Joder, Naira, visto desde fuera, eres un poco kamikaze, ¿no?», me dije a mí misma.

Me di la vuelta y le di la espalda a Gael. Traté de cerrar los ojos para dormirme antes de que empezara a entrarme una paranoia de las mías y saliera de allí corriendo en bragas por su esplendoroso jardín. En ese momento, noté que Gael se movía y, despacio, me pasaba el brazo por la cintura. Me volví a tensar. Debió de notarlo, porque se apartó inmediatamente.

—Lo siento —dijo.

—No, no —respondí cogiendo su mano y poniéndola donde estaba—. Estoy bien. Ha sido solo un acto reflejo.

—¿Segura?

—Sí.

Y dejó la mano sobre mi cuerpo. Creo que no habían pasado ni diez minutos cuando me quedé dormida, y lo siguiente que vi fue la luz del sol entrando por la ventana.



Cuando me desperté me fui directa a la ducha. No me había llevado ropa para cambiarme, pero necesitaba ducharme antes de que Gael volviera a verme. Me apunté como nota mental llevar siempre el cepillo de dientes en el bolso... por lo que pudiera pasar. Pero vamos, que jamás se me había pasado por la cabeza la idea de dormir en su casa.

Salí del baño abriendo despacio la puerta para no despertarle. La idea era pedir un taxi e irme de allí. Puede que quedara un poco mal marcharme sin despedirme, pero ¿qué podía hacer? Estaba muerta de la vergüenza y, después de haber dormido con él toda la noche, con sus brazos rodeándome y sintiéndome tan bien, no tenía ni la más remota idea de cómo enfrentarme a esa situación.

Era mi jefe, le vería prácticamente todos los días, así que lo mejor sería poner un poco de distancia e irme a casa.

Él seguía dormido cuando salí del baño, por lo que aproveché para salir despacio de la habitación, no sin antes observarle. Era tan guapo... Tenía un gesto relajado y descansaba boca abajo en mitad de la cama.

Salí y cerré la puerta de la habitación con sumo cuidado para no despertarle. Llamé a un taxi, le di la dirección que marcaba la ubicación del móvil y, en cinco minutos, se presentó allí. Pero, antes de marcharme, cogí uno de los panfletos de propaganda del restaurante donde habíamos comprado la cena la noche anterior y le dejé escrita una nota, que puse sobre la mesilla.

Gracias por todo. Siento haberme ido así, pero aún me cuesta enfrentarme a estas cosas. Espero que puedas perdonarme. Nos vemos en la tienda esta tarde. Un beso.

Me fui directa a casa, no sin antes llamar a Noemí y avisarle de que se levantaba el encubrimiento. Le conté un poco por encima, pero también le dije que prefería hablarlo tranquilamente con ellas delante de un café.

Pasé la mañana mirando el móvil para ver si Gael me escribía, pero no recibí ningún mensaje. Sí que se conectó, porque lo vi en su WhatsApp. Estas nuevas tecnologías cada día exponían más nuestra intimidad, y no sabía hasta qué punto me gustaba, porque me escocía en el estómago ver que se había conectado y no me había escrito.

Quizá me lo merecía por salir de allí como si yo hubiera hecho algo o, mucho peor, como si él me hubiera hecho algo a mí. Me sentí fatal de repente. Qué mal me lo había montado. Tenía que llamarle y pedirle disculpas; no había sido una reacción adulta por mi parte salir corriendo de allí. ¡Pero es que tenía miedo! Estaba asustada de enfrentarme a una realidad tan aplastante como la que estaba viviendo. Y era que Gael me gustaba, y mucho, pero también era mi jefe, y no me podía permitir perder mi trabajo por temas amorosos. Así que al final no le escribí.

Cogí el autobús perturbada; no había sabido nada de él, y me mataba más el silencio que una mala contestación. Hubiera preferido mil veces un mensaje en el que dijera que le había sentado fatal y que estaba enfadado a una heladora respuesta como era el silencio.

El corazón me iba a mil por hora según entraba en el centro comercial. Cuando subiera las escaleras mecánicas me encontraría de frente con la tienda y después con él. Menuda tarde me esperaba. Había pasado de estar en una nube al dormir con Gael a estar acojonada por verle.

Al entrar en la tienda, Gael estaba de espaldas atendiendo a un hombre. Se dio la vuelta y me miró. Tragué saliva, el corazón se me paró. No supe descifrar su mirada y eso me inquietó aún más.

— Buenas tardes — dije.

— Buenas tardes, Naira.

— Voy a cambiarme.

— De acuerdo.

Tenía el estómago tan encogido que sentí hasta una arcada. Los nervios siempre se me agarraban al mismo sitio, y esta vez no sería diferente. Me cambié y salí. Estaba terminando de cobrar al cliente. Le dio una bolsa y, con una cordial sonrisa, se despidió de él.

Hoy no había ni rastro de la peluquera de los cafés. Probablemente ya se habría marchado tras su cita *obligada* con Gael.

Después, sin decir nada, entró en el despacho. «Muy bien, Naira, está enfadado. La has cagado. Has conseguido cargarte lo más bonito que has tenido con un chico por ser una miedosa de mierda», me regañé. ¿Y ahora, qué? ¿Qué hacía? No tardó ni un minuto en salir. Le seguí con la mirada. Hasta que no pude

evitarlo y hablé.

—Gael, yo...

—No digas nada, Naira —me interrumpió.

—Es que...

Se acercó hasta mí y, con tranquilidad, añadió:

—Hablamos después, ¿vale? No te preocupes.

Me dijo que no me preocupara con palabras, porque su mirada decía otra cosa. Estaba dolido conmigo. Y era normal; me había comportado como una niña, y las consecuencias siempre se pagaban. Y ahora era mi turno, y con razón.

Yo estaba situada de espaldas a la puerta y él estaba frente a mí. Joder, cómo me gustaba ese chico y qué miedo me producía todo esto. Me daba pavor sentir lo que estaba sintiendo y, claro, era mucho mejor mostrarme como una niña maleducada que abrir mi corazón a una persona que tan bien se estaba portando conmigo.

—Vale —respondí sin dejar de mirarle.

—Mira, va a entrar un par de chicos. Atiéndelos, que tengo que hacer una llamada.

Asentí y me volví hacia ellos.

—Anda, Naira. No sabía que trabajabas aquí. Venía a comprarme un par de camisas y me alegro de que seas tú quien vaya a atenderme. Espero que seas amable conmigo, ya me conoces...

Me quedé impactada, rígida, y se me heló la sangre. Mora y yo volvíamos a encontrarnos.

FIN

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBÉ



María Beatobé nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: [maria beatobé escritora](#)

twitter: [@mariabeatobé](#)

instagram: [@mariabeatobé](#)

pinterest: [maria beatobé](#)

Te envolví en besos.

Por amor III

María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Kitja Kitja / Shutterstock

© María Beatobe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17071-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

